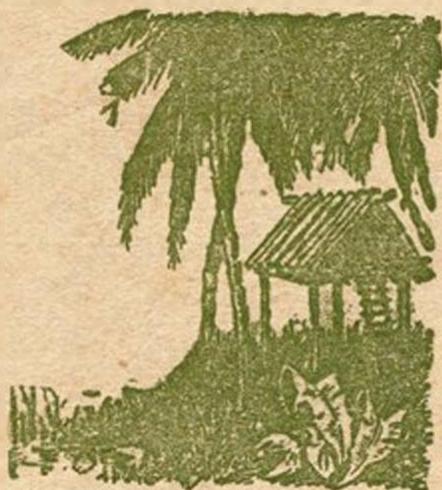


BN
911.09
012b

F R I D O O E J I O F .

BANI,

Cosas antiguas



Impresora Dominicana
Ciudad Trujillo, D. N.
1958

AÑO 28º DE LA ERA DE TRUJILLO

RV
.9373
0b

BN
012b

BANI,
Cosas antiguas

Impresora Dominicana
Ciudad Trujillo, D. N.
1958

AÑO 28º DE LA ERA DE TRUJILLO

027384

FOR LEY 29-5-87

17782-10.

BNPHU
PD-RV
972.9373
0126



AGRADECIMIENTO

Quiero dejar constancia de mi agradecimiento a cuatro distinguidos banilejos: Mario Fermín Cabral, Sergio Herrera Echavarría, y a José Antonio Miniño Billini y José M^o Pérez Andújar, ya fallecidos, por su eficaz y desinteresada información sobre las estampas que figuran en este folleto de "Cosas Antiguas de Bani", sin cuya cooperación no hubiera sido posible hacer esta publicación.

Queda aquí, pues, consignado mi más fervoroso agradecimiento.

A D V E R T E N C I A

Esta obra aparece con dos preámbulos escritos por dos prominentes intelectuales amigos: Lic. J. Marino Incháustegui y Miguel Angel Monclús. Por el prestigio literario de ambos escritores los considero dignos de figurar en este libro. Sus conceptos tributados acerca de mi humilde persona y de mis cuentos los acojo sinceramente, por la amistad que me une a tan excelentes amigos.

El Autor

P R E A M B U L O

He animado con insistencia a Sigfrido Objío, para que publicara estos relatos. Dificultades materiales poderosas y la natural timidez de una persona modesta, con vocación, pero no ejercitada en achaques de publicidad, eran las causas principales de las vacilaciones, responsables de que pudieran perderse, las candorosas e interesantes descripciones del solar, la vida y las costumbres de aquel celebrado valle del país, Bani, que es la querida tierra natal de Sigfrido Objío.

Unicamente el afecto que nos une y nos ha unido siempre a Sigfrido y a mi, y la condición de pueblerinos ambos, y acaso también, algún retoño de comunes raíces lugareñas, han sido las causas de que me escogiera para escribir estos apuntes, a modo de preámbulo de su curioso trabajo. Sí, respecto de mi, aquellas cosas fueron los motivos de la elección, porque en materia literaria, no obstante mis seis y más libros publicados, algunos de los cuales han servido para ser vaciados subrepticamente en libros ajenos y vivificados, en materia literaria, repito, es evidente que cuento para poco; qué vamos a hacer?

Agradecido y en recompensa, pongo en juego las mayores fuerzas de que son capaces mis deseos, con el fin de que estos relatos tengan en el presente, la acogida exitosa que se merecen, y para que aporten su valor imponderable, al acervo criollo de la especie, en beneficio y para esparcimiento de la posteridad.



Si es que no cambia la naturaleza humana y van a perdurar los sentimientos que hasta ahora han sido su esencia; si los tiempos venideros no se comportan de manera que trastruequen las normas conforme con las cuales se ha vivido, entonces, para las futuras generaciones, continuará siendo grato, muy grato como lo es para la

SIGFRIDO OBJÍO F.

mayoría de nosotros, conocer las vicisitudes de la vida de los ancestros y recordar las cosas de los tiempos pasados.

Hasta ahora, el contenido de los recuerdos es aliento precioso de nuestra existencia. El encanto y la poesía de ellos, saturan el alma de magníficos esfluvios. Se ha dicho que recordar es vivir.

Por virtud de la ecología, las relaciones que existen entre los medios y las personas, robustecen continuamente sus vínculos para mantener unida a la tierra la naturaleza humana, y es probable que siga ocurriendo eternamente así.

Sólo durante los pasajeros desequilibrios que suelen conturbar a los tiempos y a la humanidad, es posible que se registren cambios de algún modo notables. Hasta ahora puede observarse, que las efemérides más trascendentales, las que por obra de la seducción se convierten en cultos, son aquellas que se transmiten mediante la forma escrita, y sin desmedro de la tradición oral, formaron la conciencia religiosa de los pueblos. Pero de cualquier modo que se revelen los recuerdos, es grande el interés y la curiosidad que nos despiertan; y sucede que son más gratos y hacen vibrar más intensamente la sensibilidad, cuanto de más lejos vienen y se asocian a circunstancias familiares nuestras, como las que trae a cuento en estas estampas, Sigfrido Objío.

Por mi parte, no olvido el íntimo placer que experimentaba en mi infancia, cuando en las tardecitas, al echarse el sol, bajo la ramazón espesa de la mata de mangos que encuadraba la plazoleta de la casa, el viejo Tango, asediado por la concurrencia, la reunía en torno y comenzaba a decir con su pausada voz ceremoniosa:

—En aquellos tiempos, aquí mismo, en este lugar en que estamos, una tardecita como ésta. . . — y terminaba su relato, dejándonos a todos embargados por una dulcísima ensoñación.

Por aquellas causas y por la forma casera, accesible y sencilla con que están escritos estos relatos, merecen la exitosa acogida que les deseo.

MIGUEL ANGEL MONCLÚS

P R E F A C I O

En general, las narraciones que tan magistralmente rescata del olvido la pluma ágil de Sigfrido Objío son anteriores a nuestra época, aunque algunas las conocíamos a través de las narraciones de nuestros mayores, en las veladas hogareñas de aquellas tranquilas noches de la villa que nos vió nacer.

Por ello, al leer su primera obra, ya publicada, y ahora ésta que está a punto de ver la luz pública, hemos podido rememorar episodios que constituyen parte intrínseca de nuestro propio ser.

Gracias a esa feliz circunstancia de volver a vivir episodios inolvidables de nuestros primeros años, de aquellos que se grabaron en lo profundo de nuestra memoria y seguros estamos que nos acompañarán casi todos los días de nuestra existencia, nos ha sido más grato y placentero el que el autor nos pidiese que prologásemos éste, su nuevo hijo intelectual.

En nuestros pueblos, de manera tradicional, solicitar a uno que le apadrine un hijo constituye un vínculo que en muchos casos forja solidez mayor que el de la propia sangre. Pero en este caso también nos unen a Sigfrido Objío los nexos de la familia, que en poblaciones como nuestro Baní, son estrechos e inalterables, a pesar de los años y de las distancias.

Volver a ver un pariente, con el cual no hemos estado en contacto durante muchos años, es algo así como el placer individual y preciso de volver a recordar toda una serie de hechos y de circunstancias que nos unen a ese y a todos nuestros parientes y hasta nuestros amigos.

Y precisamente todo ello reviste caracteres mayores y más trascendentales al espíritu, cuando de la pluma de ese pariente surgen narraciones que tienen el encanto de transportarnos, como por obra de magia, hasta los días de nuestra niñez y de nuestra adolescencia, allá en el paradisiaco Valle de Peravia.

No son solamente las cosas narradas en sí, sino también la forma galana y el estilo sencillo y suelto del autor, que han de

contribuir a que penetren de modo fácil y mejor hasta el intelecto de los que tengan la oportunidad de leer estas páginas.

Porque precisamente lo que más admiro en "Bani, Cosas Antiguas", es el buen decir de las cosas, sin que el rebuscar las frases y pulir las sentencias se sienta como un cincel que forja sobre la piedra del pasado, sino más bien como un suave pincel que se desliza y traza magistralmente sobre bello lienzo.

La obra es como el panorama de nuestras sabanas cubiertas por el verde y el amarillo de los abrojos, y con el encanto que al observador, y sobre todo al nativo, ofrece la tierra amada cuyo recuerdo nos acompañará, con su encanto seductor, todos los días de nuestra vida.



El escribir un libro, cualquier libro, es obra de dedicación, de investigación, de un eterno confrontar y de querer siempre superar lo ya escrito, en busca de una forma cada vez mejor.

Por ello siempre admiramos todas las obras, ya que son el fruto de una dedicación que es difícil de encontrar en el hombre corriente, en el que no ha sentido el aguijón del pensamiento en el acto de producir.

Y si lo que leemos es de consistencia tal como para subsistir a los embates del tiempo y dejar en las generaciones de hoy y de mañana una huella perceptible, entonces nuestra admiración por el autor sobrepasa los límites de ordinario, para convertirse en sincera delectación espiritual que las palabras casi no alcanzan a expresar en su verdadera magnitud.

Precisamente las narraciones de Objío revisten, para nosotros, los caracteres anotados, y por ello el autor entra de lleno, a nuestro juicio, en la pléyade de hombres que con su pluma dieron a Bani y a la Patria un conjunto de obras en los más variados matices de la literatura nacional.

Y estamos seguros de que no sólo todos los banilejos o des-

P R E F A C I O

pendientes de banilejos hoy desparramados en todo el ámbito nacional, sino también los dominicanos en general, amantes de la buena lectura y de las tradiciones criollas, habrán de acoger este libro como una nueva demostración de la pujanza que las letras han alcanzado en esta gloriosa Era de Trujillo, tan fecunda en producciones del intelecto.

Por ello, nuestros más felices augurios de éxito para Sigfrido Obijo con su nuevo libro, que es una bien lograda joya literaria.

J. MARINO INCHÁUSTEGUI

Ciudad Trujillo, D. N.,
26 de marzo de 1958.

NOTA PRELIMINAR

Escribir un libro, y hacer un libro, son dos cosas diametralmente opuestas. Sin embargo, escribirlo o hacerlo, es tarea que debe ser reconocida para quien la realiza, aun cuando ella no represente la expresión clara y determinada de lo que se desea traducir en sus páginas, y no reflejen tampoco el ambiente, el panorama y la versión concreta de la vida, la tierra y el sentimiento, de los que pueblan la región.

Puede que parezca un grito de conmiseración, o un reconocimiento tácito de nuestra imprudencia al escribir un libro, para suplicar indulgencia, a los que con autorizada cultura, descuarticen lo apuntado en él, basados en la crítica de los acostumbrados a calificar cualquiera de las publicaciones aparecidas en los círculos vernáculos nacionales.

No nos consideramos escritores; somos inocuos observadores y mal reseñadores del ambiente de la región donde aprendimos a creer en Dios y a deletrear el abecedario. Hemos querido ser una molécula en el completo monolítico de nuestra cultura, en el consorcio intelectual de la cultura nacional.

VILLA MAJEGA

Cada región, cada poblado, tienen sus características peculiares. Tienen, puede afirmarse, su propia vida y su insustituible unidad. En Baní por ejemplo, los conglomerados tienen su modalidad, sus creencias y su filosofía singular; se distinguen entre sí, sin que ello cambie de modo radical la estructura de TODO, que regula la existencia de los moradores de la región enclavada entre los ríos Nizao y Ocoa, cuyos nombres subsisten a pesar de su incesante correr hacia la mar. Al norte, montañas de espesa verdura, que a lo lejos parecen moles verdiazules, otras riscos donde la vegetación ha sido mutilada por la erosión, descarnadas por la voracidad del hacha manejada por el hombre, en busca de un mejor existir, y obtener el sustento de su familia y que más tarde abandonaban por otro predio, más arriba; el sur, el mar que nos indica la ruta por donde vinieron los descubridores, y que ahora surcan modernos leviatanes, transportando la savia de nuestra tierra, traducida en productos, para convertirla en el oro que resume alegría en la continuada brega de la siembra y recolección de la cosecha. Pero, hacemos un paréntesis para aclarar que nuestro motivo al escribir es otro. Escribir sobre lo relacionado con el título que aparece arriba: Villa Majega, ubicado en la parte este-norte de la ciudad de Baní. Este barrio denominado así, proviene del apodo calificado de la Señora María de Regla Bernabel, cuyos antecesores vivieron en ese lugar, y que sus descendientes siguen disfrutando, no importa el tiempo y la desaparición de sus sólidos puntales. El barrio tiene sus características, es una especie de clan por lo que se le atribuye la denominación del nombre de una de sus asiduas vividoras: María de Regla Bernabel. La mayoría de los residentes de Villa Majega, proceden del apellido Barnabel, quienes clavados en él,

siguen aferrados a su pedazo de tierra, sin que nada ni nadie los conjure al abandono, pese a la adversidad y a las veleidades de la fortuna.

Esta viejecita, blanca, de ojos pequeños, cabellos lacio, tranquila, trabajadora sin descanso, procreó familia, y todos se afincaron alrededor de la casita fabricada con tablas de palma o tejida de tejamaní, con techo de cana, que albergaba a la descarnada María de Regla Bernabel.

Las casitas o bohíos fueron construídos sin ninguna simetría ni distribución. Lo que interesaba a ellos, era estar cerca el uno del otro. Ayudarse, defenderse, tener cerca el río y vivir de la mejor manera posible. Sin embargo, por los trillos que circulan su perímetro, pasaban las gentes madrugadoras en busca del agua para satisfacer sus necesidades cotidianas; el viento traía los golpes de la *paleta* de las lavanderas y las ropas tendidas en los blancos cascajales, semejabán alfombras multicolores; el trajín de los viajeros que de mañana se dirigían al laboreo de sus conucos y que a la caída del sol regresaban con la carga de productos de la heredad.

Hacia el norte unos, hacia el este otros, y los más como embarcados en la corriente del río hacia el sur . . . , hacia el mar El barrio fué escenario de luchas y peleas originadas por rencillas personales por chismes de comadres de vecindario. Por vínculos matrimoniales estaba unido a la familia de Majega el señor Rufino Mateo (Mocho Rufino), mote con que era conocido, al perder una mano en lucha singular con uno de sus adversarios. Era el Mocho hombre mujeriego y de armas a tomar. Sin miedo, amigo sincero, decidido para asumir responsabilidades y contingencias que pudieran sobrevenirle en sus andanzas y rodeos con sus compadres y amigos, en fiestas, bailes y velaciones. Una tarde, ya muy lejano por cierto, se alborotó la barriada. Sonó el clarín de la pelea. Se armó la gran trifulca a tiros y piedras, entre los descendientes del Mocho y Colén Peguero, interviniendo hombres y mujeres. Razón: Colén Peguero había dado muerte, en el camino de las lomas del Recodo al de Río Arriba en lucha personal y sangrienta, a Mocho Rufino o Mocho Pascuala; por eso, consideraron ellos que había violado sus predios, al cruzar por

los trillos y caminos de su barrio. De esta lucha resultó herido Colén y muerta por las balas disparadas, la señora Rosa Peguero, que ajena a la contienda y sin ser pariente de los peleadores, discurría tranquila su vida en la casita que le servía de albergue. Cosas del Destino.

Una víctima inocente, en pependencias callejeras de ese tiempo, que pasaban al haber de ingratos recuerdos de un pasado ya extinguido, por el orden y la tranquilidad que se disfruta ahora, en esta Era de progreso y de grandes realizaciones que vivimos.

El barrio tenía sus alegrías y diversiones: bailes, velaciones y cánticos religiosos a Santa Elena, virgen de su devoción, cuyo santuario, que originalmente estaba en Fundación de Peravia, lado este del río, y que fuera trasladado a Villa Majega. El barrio subsiste ahí, elevado en la parte nor-este de Baní, aun cuando sus antiguos moradores hayan desaparecido. Los mellizos de Anacleto, que deambularon por los campos cercanos, se reintegraban al lugar donde transcurrió su infancia, donde nacieron y se criaron. Allí les sorprendió la muerte. Parece como que un hado divino los atrajo a su seno para que murieran en él. Estos dos seres tan iguales, tan unidos en sus actuaciones y fisonomías, formaron hogar con dos gemelas también, llamada una Rosa y la otra María Eugenia, hijas de la viejecita Majega. Rara coincidencia: Dos gemelas con dos gemelos!, como para perpetuar la igualdad congénita entre ellos, que completó la muerte y los instó a seguir unidos en la eternidad.

El progreso va restando interés a esa parte de Baní, pero el que sienta placer en rememorar tradiciones, no tiene más que visitar el barrio de Villa Majega; recordar la viejecita falta de carnes, ojos pequeños y pelo lacio, que dióle su nombre, y que conserva como una expresión característica de la conformación étnica y social de la comunidad banileja, que lucha, tiene fe en Dios y contribuye al engrandecimiento de todos, conservando los valores del espíritu que le son peculiares dentro del conglomerado homogéneo del todo: que es la Patria, y siguen sus luchas en el desarrollo de sus actividades progresistas, conscientes de sus deberes en el concierto de los pueblos de estirpe hispana, del que forma parte nuestra amada Patria.



R A N - P U - Y I

No crea el lector, al leer el titular de estas notas, que se trata de un mandarín chino, coreano o japonés de los tiempos de Gengis Kan. Nada de eso, estas notas se encaminan a tratar de dar a conocer a uno de los tipos populares del viejo tiempo del Baní lejano. Ahora, otros tipos y otras cosas atraen a la floreciente Villa de las Saonas, y los abrojos florecidos, que semejaban baños de oro en la sabana y los caminos.

En los tiempos ya ídos, y de los que no queda más que un recuerdo borroso, vivió en ese nuestro lar nativo, un tipo que apodaban *Ranpuyí*. Trabajador, hacía de todo. Era necesario producir el sustento de cada día y él lo realizaba con renovada constancia.

Para la época que resultó el suceso transcrito aquí, se vivía de *cantón en cantón*, de susto en susto y de ataques y sorpresas en campos y poblados.

Era en los tiempos de nuestras luchas intestinas, de las revoluciones sin sentido y sin concepto de la verdadera seguridad de los vecinos, y sin la trayectoria necesaria para resolver el mejoramiento y el sosiego de la familia dominicana.

Por cierto, y con alto sentimiento de nacionalismo, podemos expresar, que ya estos tiempos se los "tragó la historia", y que el florecimiento intelectual, político, social y económico, han variado totalmente.

¡Otros hombres! Otra modalidad y otros entusiasmos, han desembarazado el camino, y abierto rutas de fe, de superación y de progreso que ahora disfrutamos.

Sin embargo, nos estamos saliendo del tema que apuntamos, pero nunca está demás una digresión, si ello sirve para afirmar la verdad de la hora de ahora.

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

Pues bien, *Ranpuyí*, afectado por la corriente política, se enlistó en las filas del gobierno de la época, empuñó el fusil y la cartuchera, y se fué al *cantón* más cercano. Dados, barajas, aguardiente, era la diversión de tales sitios.

El "tapete verde", la *frisa* que le servía de abrigo, se improvisaba bajo la sombra de un árbol o bajo el techo de un *cuarto* de la Comandancia de Armas.

Frases groseras; atisbos peligrosos. *Coca* realizada por el más valiente del grupo, o el abandono de dados, barajas y dinero, por la descarga por sorpresa de los enemigos que se acercaban.

Los hombres y sus caracteres, tenían que ser irremisiblemente dispares; la cultura, la educación y el concepto y respeto de la vida, era flor extraña en los pechos de esos hombres.

Pues bien. Un día, en una de esas fiestas de dados, en el patio de la Comandancia de Armas, se plantó un juego. *Ranpuyí* y Ventura Canario eran comenzales del festín. Un dado cargado, una *parada* no aclarada, un esquivo momento o una mirada al revés, traía una discusión. Tal ocurrió entre Ventura y *Ranpuyí*.

La duración de la discusión no la pudo obtener el relator de este artículo; lo cierto fué que con violenta trompada al estómago, Ventura mandó de paseo, en viaje sin regreso al indefenso *Ranpuyí*, Su cadáver fué llevado en parihuela al final de la calle "16 de Agosto", y colocado en una estera de guano, hasta que personas caritativas lo trasladaron al Cementerio y le dieron sepultura.

Así, sin luz, sin encomendarse a Dios, terminó sus días *Ranpuyí*, un tipo popular de la hoy ciudad de Baní, en una época ya lejana y descolorida.

LA NEGATIVA DE DON HIPOLITO BILLINI

En tiempos pasados uno de los mejores negocios que había en Bani y sus alrededores, era el corte y beneficio de la madera, ya que sus montes estaban pletóricos de árboles maderables: caoba, cedro, ébano, guayacán y otros.

Así fué que varias personas se dedicaban a su explotación. Nizao, Catalina, Honduras y otros lugares, sentían el golpe del hacha en sus árboles y el canto de los trabajadores en sus faenas.

Don Hipólito Billini era uno de los que tenía un corte de maderas en Nizao, el cual atendía su compadre Justo Cruz Yen, hombre de toda su confianza, por lo honrado y cumplidor, en los menesteres de su obligación.

Don Hipólito visitaba de cuando en cuando sus predios, cabe las orillas del Río Nizao, disponiendo lo que fuera de lugar, órdenes que eran cumplidas al "pie de la letra" por su desinteresado administrador.

En el pueblo intercambiaban visitas a sus respectivas casas para informarse de la marcha de las labores y recomendando, de mutuo acuerdo, las que fueron convenientes.

Pero resulta que un día Justo Cruz, después de regresar de Nizao fué a visitar a su compadre Polito. Llegó a la casa, y después de los saludos de rigor, dijo a quien lo recibía que tenía sumo interés de hablar a su compadre. Está durmiendo, y no se puede despertar, fué la respuesta.

Nuestro hombre insistió y al ver lo irremediable, se retiró violentamente hacia su hogar; cuando se encontró en su casa dijo a la esposa que si su compadre Polito llegaba, le dijeran que él estaba durmiendo y no se podía despertar.

Horas después de su llegada se apareció Don Hipólito a la

casa del compadre, saludó y no recibió contestación; no había nadie en la sala, y cuando intentaba retirarse sintió el murmullo de su compadre en el aposento, y estas frases dichas a todo pulmón por su Encargado: Justo Cruz está durmiendo y no lo puede recibir!

Esa fué la venganza del compadre, por lo que él consideraba una falta de respeto de don Hipólito, dada la confianza y la intimidad que los ligaba.

Cosas del tiempo. Recuerdos que reafirman la lealtad y la sinceridad que mantenían los hombres, y que servía de puntal y sostén de las relaciones de los amigos y compañeros entre sí.

4

JUANA HERNANDEZ ALBINO

"MAÑICA"

En la esquina formada por las calles "U. Guerrero" y antigua "Beller", hoy denominada "Nuestra Señora de Regla", de la ciudad de Baní, vivió mucho tiempo una anciana respetuosa y respetable, llamada Juana Hernández Albino viuda Melo. Su nombre de pila quizá muchos no lo recuerden o no lo sepan. Sin embargo, su apodo sí es conocido y al recordarlo la conozcan: Mañica. Los habituados a caminar por el pueblo abajo la conocieron y trataron, resaltaban su laboriosidad, honradez y apego a sus ingentes ocupaciones de cabeza de familia.

Su fisonomía: alta, cara delgada, de la raza de color; pero de espíritu religioso y alma blanca dedicada a la práctica del bien y la bondad.

Creó a su alrededor una especie de tribu familiar; todos sus descendientes se agruparon junto al bohío materno y construyeron los

suyos. Tal la unidad entre sí que se denominaba más tarde el barrio de las "Mañicas", en honor de la matrona de la familia.

Dedicada al comercio en baja escala; repostera a la antigua, el horno calentado diariamente producía roquetes de catibía: y tortitas de almidón, bombones y *bien me sabes* de cocos rallados, y que servían acabados de salir del horno.

Vendía fósforos, gas de alumbrado, azúcar de trapiches, casabe y otros artículos criollos. Los días feriados eran los mejores para su negocio, principalmente por la tarde y prima noche, que permanecían cerrados los comercios de importancia.

Se granjeó el cariño de sus coterráneos y vivió tranquilamente toda su vida.

No hay persona de este siglo que no conociera a Mañica, que tuvo la satisfacción de vivir a la boca del horno, junto a sus descendientes en la placidez del barrio que quizá fundara ella entre la calle U. Guerrero y la antigua Beller.

No sé si subsiste el bohío que interceptaba la recta de la calle; ni cuantos quedaban todavía; pero lo que sí se mantiene en la memoria de los moradores del barrio, es el recuerdo de Mañica, José (El Indio), Celado, Basilio y Mercedes Díaz, que componía el caserío del pueblo abajo.

Cercano de esos lares transcurrió nuestra niñez, fuimos más de un ciento de veces a la pulpería en procura de compra de artículos que nos encomendaban en el hogar. Quizá por eso, recuerde, al declinar de la vida, a la alta y delgada vieja Mañica y quiera en estas líneas relatar un pasaje de su vida, que dada la distancia marcada por el tiempo, hace difícil, pero que dejo aquí como una demostración de lejanos días que se fueron ya definitivamente y que en nuestra mente quedan borrosos y descoloridos por la carrera fugaz de las horas y los días en el devenir del tiempo.

LA PAVA DE DON DOMINGO

En tiempos pasados, las travesuras juveniles eran distintas de las de ahora; grupos de mozalbetes se formaban para azotar gallineros, para preparar cenas y jaranas en altas horas de la noche.

Cuando la mayoría de los residentes de Baní, se dedicaba al sueño reparador y estar listos para las faenas del nuevo día, un grupo de jóvenes se reunía en la acera de la iglesia para charlar, entonar canciones de la época, y urdir algún desorden que iniciaba la mocedad de sus años y el ambiente patriarcal que crearon sus mayores.

De eso hace mucho tiempo. Contarlo ahora, después de haber llovido tanto. . . Es pues necesario recordarlo para que lo saboreen los que aun viven.

En Baní había corrales de chivos, vacas y cerdos. No hay que señalar que después de las campanas de la iglesia, tañer el lúgubre toque de las 9 de la noche, no se encontraba un policía de servicio, ni ningún otro agente del orden público. Algunos trasnochadores deambulaban por las pedregosas calles y los atajos, de *vericuetos* y solares.

Pero varios jóvenes cuyas labores era descansar, corretear, *panquear* en los charcos del río, sí que trasnochaban. Ejecutaban travesuras y azotaban los patios buscando el "palo de las gallinas para preparar succulento *sancocho* o abultado locrio. Un grupo compuesto por muchachos que al correr del tiempo se distinguieron como políticos, intelectuales y formaron hogares honorables y sociales, se dedicaban en esos tiempos a todas estas travesuras de la edad juvenil: Mario Fermín Cabral, José Antonio Miniño, Fabio Fiallo, en los meses de vacaciones escolares, y otros que la memoria no recuerda, se reunían en el sitio acostumbrado y se dedicaban al ordeño de chivas y vacas en corrales ajenos, para engullir con pan de la cercana panadería, des-

pués de un refrescante baño en el *charco* de la "Barranca" o los "3 charcos".

Cada quien tenía su especialidad en la encomienda. Al más ágil y de mayor estatura le correspondía trepar al palo de las gallinas para capturar la presa. Siempre eran patios de personas distinguidas; otras cualquiera, no importaba, consideraban eso como una función lógica de la juventud.

Pero, "una cosa piensa el burro y otra el arriero". Una noche visitaron el patio de un señor de "pelo en pecho", que no se conformó con lo ocurrido! Se quejó al Alcalde, que lo era en ese tiempo don Manuel María Pichardo.

Fueron llevados a la Justicia, y aunque los absolvieron y despacharon de nuevo a sus hogares, no faltó la admonición decidida y amenazante del Administrador de la Justicia. Lo menos que les auguró fué remitirlos a la Capital.

Se atenuó la persecución de las aves; pero ellos sentían el afán juvenil de continuar en su divertida y sencilla vida pueblerina.

Siguieron en sus correrías y volvieron a ser denunciados; la voz del Alcalde resonó en el recinto sagrado; ya estaba listo todo para la condena; el Secretario de la Alcaldía, don Adolfo González, les preparaba el oficio y el Agente del orden al "Dragón" que los conduciría a la Capital, fueron ordenados prepararse; pero siempre hay derecho a defenderse, *bordeando los artículos del Código Penal*, y esta vez, le tocó también al más ladino del grupo, quien dijo así:

—Señor Alcalde: Usted nos dijo que no cojiéramos gallinas: por eso, lo que cojimos esta vez fué una pava. Hubo hilaridad entre los asistentes, y el Alcalde, a pesar de la blancura de sus cabellos, y de su severo rostro de Juez, asomó a los labios una sonrisa, y decretó su absolución. Si recordamos estos pasajes de la vida hogareña de entonces, es con el único fin de remedar anécdotas, que como tales, descoloridas, el tiempo ha tratado de borrar.

WALLY EL COCOLO

En los tiempos ya desarraigados del espíritu del pueblo dominicano, las actividades de los hombres se circunscribían a las luchas fratricidas que tanto perjudicaron la vida y el progreso del país, produciendo desolación y ruina, atascando el progreso y la evolución de nuestras instituciones cívicas, sociales y comerciales.

Dos tendencias políticas se repartían la opinión pública, que a nuestro juicio si sus ideas se proyectaban en el disfrute de la libertad y el buen gobierno, no es menos cierto que los métodos utilizados no eran los más correctos para el fin perseguido. El hecho de que una facción ocupara el poder no significaba derecho para que la otra se lanzara a la revuelta en perjuicio de la paz y el orden que tanta falta hacía para bien de todos los dominicanos.

No emitimos juicio favorable, ni excecramos a ninguno; sí hacemos resaltar que en ese tiempo la comunidad dominicana no saboreaba la vida, sino que en constante sobresalto discurría, clamando siempre por mejores días.

Todas las regiones tenían sus líderes y sus héroes. Rara paradoja. Lucha entra hermanos, exterminio de unos y otros!

Sin embargo, ahora alumbra el sol de la paz y la tranquilidad; la escuela es semillero de jóvenes que buscan las gradas del templo del saber; la industria con el ruido de sus maquinarias; el canto del labrador en el campo y el murmullo del agua en los canales, señalan el camino del bienestar y la riqueza. Bendita sea la paz y la tranquilidad que disfrutamos.

Nos hemos apartado del motivo que nos guía; hemos dejado correr la pluma, sin concretar la razón de lo deseado al escribir. Valga la aclaración y continuemos.

Desde los años 1899 al 1915, se sucedían desórdenes polí-

ticos desagradables. Imperaban Bolos y Colúos; la muerte y los agravios eran la túnica del tiempo; la vorágine destructora de las fuerzas volitivas del hombre era la guerra.

Pues bien, para esa época vivía en Baní un señor de la raza de color, de nacionalidad inglesa, procedente de las colonias que bordean el Caribe, y se radicó junto con otros conciudadanos, en el poblado de Palenque, dedicándose al trabajo en las áreas del Central Italia. Pero terció en nuestras luchas intestinas, y carabina al hombro se enlistó en las filas colúas. Peleó algunas veces, otras huyó como un gamo, y fué también capturado por los contrarios.

¿Su nombre? Como todo ciudadano del Imperio Británico, era inglés, se llamaba o lo llamaban Wally.

Una vez fué capturado y azotado por las balas, después, en uno de esos altos en la lucha, al ser preguntado sobre su azarosa vida revolucionaria, contestaba en un castellano ininteligible: "Yo quiere que se muera bolo grande y bolo chiquio para que no se pone grande". Ese era el pensamiento, la ideología de los que se enfrascaron en esas luchas sin provecho. Que mueran los bolos grandes y también los pequeños! Destrucción y muerte era la consigna.

Por fin ahora es otro el ideal y otro el empeño. Por eso lo traemos al conocimiento del lector, para comparar tiempos pasados con el venturoso presente.

7

CALLE "LA DIFICULTAD"

Hemos dicho repetidamente, que cada ciudad, cada barrio o cada poblado, tiene su fisonomía propia dentro del total de la nacionalidad. Baní tiene la suya, aun cuando la presente en los diferentes aspectos de su estructura político-social y urbanística.

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

El banilejo tenía siempre y conserva todavía el empeño de mantener y mejorar el ornato del pueblo que le vió nacer.

En cada caso y según el sitio donde se encuentre, está presto a contribuir al engrandecimiento de su ciudad, que es para ellos un orgullo y una satisfacción.

Que en Baní haya una calle con el nombre de "La Dificultad" no tiene nada de extraño, en otras partes del país hay calles con nombres pintorescos; pero tienen su razón de ser. O es el bautizo del pueblo o la picareza inventiva de ese mismo conglomerado, tendiente a ridiculizar el nombre y de pasada a los autores de tal bautizo.

Pues bien, transcurría el año de 1893 y presidía el Ayuntamiento de Baní, el distinguido caballero y excelente munícipe don Marcos A. Cabral. Los componentes de esa Institución, con don Marcos a la cabeza, resolvieron planear el trazado de nuevas calles, en interés de incitar la construcción de casas, y a la vez facilitar el movimiento de los moradores de Baní. Y empezaron por la entrada a la población; dispusieron la apertura de una calle de norte a sur que iba a ser la primera en ese orden de este a oeste. Pero muchas veces no salen las cosas como uno piensa, aquí es válido el refrán de: que una cosa piensa el burro y otra el arriero! La apertura de esa calle trajo dificultades con el poseedor de unos terrenos adyacentes, y vino la protesta. Los regidores mantenían su actitud y esgrimían el derecho del progreso comunal, el otro: intereses y su actuación dentro de la política actual y sus arraigadas condiciones económica-política-social.

El cariz de la cuestión se iba embrollando cada vez más. El gobierno central tomó cartas en el asunto y el Ministro de lo Interior, General Pedro A. Llubes, se trasladó a Baní para solucionar la disputa, cuyo resultado fué, exigir la cancelación del proyecto, y la respuesta de todos los ediles fué: renuncia en pleno. Días después fué nombrado Presidente del Ayuntamiento el opositor a la apertura de la calle en discusión.

Mas tarde, al correr de los años fue abierta al público y se colocaron tablillas con el nombre de "La Dificultad"; hoy se llama "Restauración".

A través del tiempo triunfó el Municipio y el pueblo en general. De los hombres que componían el Ayuntamiento sólo queda uno, que está desafiando el tiempo como un roble centenario o como un duro y resistente guayacán: don Armando Ortiz. Los otros se los llevó la muerte, pero de seguro que en sus tumbas sienten la satisfacción de haber cumplido a cabalidad sus deberes con su pueblo querido.

Y ahora, amable lector, te darás cuenta del por qué del nombre de "La Dificultad". Un problema banilejo que obligó al Secretario de lo Interior de entonces a personarse a Baní para resolverlo.

No hay dudas que el banilejo, en tratándose de su terruño, se apresta a toda clase de luchas.

Por eso es Baní lo que es ahora y lo será en lo porvenir. El empeño de sus hijos es constante, y ligado a las corrientes del progreso llegará a ser la Ciudad del Sur por excelencia, dado su clima y su riqueza agrícola, además de su cercanía a la Capital de la República.

Un Ayuntamiento fué tumbado por su empeño de engrandecimiento banilejo. Pero la calle fue abierta después y su nombre original borrado, para mantener la unidad de todos los banilejos.

8

ZENON OVANDO

La vida pintoresca y accidentada de Zenón Ovando, viejo guerrillero de nuestras luchas intestinas, —ya por siempre desterrada de nuestra política nacional—, gracias a la orientación actual donde toda la actuación administrativa se encamina al mantenimiento de la paz social y política y a la realización de obras de progreso en todos los aspectos, nos proponemos mencionar una de las actividades del hombre que sirve de epígrafe a este artículo, en Baní.

Corrían los años de 1895 al 1898, llegó entonces a Baní, como albañil, para realizar trabajos como tal en las obras que estaban en proceso de ejecución: el Parque, el Cementerio y reparación de

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

la Iglesia Católica, obra que se realizaban por una junta de damas y caballeros con el concurso de toda la común. Zenón llegó en esa calidad, pero por casualidad o por sus relaciones políticas, fué allí para realizar un atentado contra Lilís, que suponían sus enemigos que volvería a Baní.

Como en años anteriores había fracasado una intentona de un grupo, mientras Lilís visitaba la casa de familia de don José Donato Andújar, un grupo se colocó en la casa en construcción de don Manuelico Vidal para realizar su intento, el cual fracasó por la intuición y la rapidez mental del Presidente Lilís. Los conjurados destrozaron el farol que alumbraba la esquina y Lilís se dió cuenta rápidamente y salió por la puerta despidiéndose de sus amigos, rumbo a la Capital.

Zenón mantenía el encargo, pero Lilís no volvió a Baní, y no pudo realizar tampoco lo convenido. Zenón siguió viviendo en Baní, pero más tarde regresó a sus predios, para engancharse en las filas revolucionarias donde realizó sus actividades políticas, hasta que rayara un día en su afán de lucha por seguir; en la fracasada invasión del este y que vientos huracanados la llevó a las costas de Barahona, para morir sin gloria y sin luz por la mano vengadora de un hijo de una de sus víctimas.

Zenón volvió a Baní por el 1912, como Jefe de la tropa, donde realizó el combate de Paya, donde si conquistó el poblado perdió sus mejores efectivos y se retiró nuevamente a la Capital. No satisfecho, preparó otra y desembarcando por la playa de Los Jobos, tomó la población, dirigió el combate de Sombrero, y fué definitivamente derrotado en Boca Canasta, para retirarse, vencido, a sus cuarteles de la antigua ciudad de Santo Domingo.

Lilís en sus relaciones políticas, dolorido por la actitud del grupo de banilejos conjurados, exclamó una vez:

"Los banilejos son como la plasta de vaca, dorada por arriba, pero . . ., fresca en su interior".

Esa fué la expresión con que juzgó el vencedor de El Cabao a toda la colectividad banileja.

Hemos dedicado estas notas como parte del acervo histórico banilejo, y donde al conjuro de la paz y al nuevo murmullo del agua que riega sus soleadas tierras, transcurre la vida en un afán de progreso y renovación en todo orden, y que hace honor a un hombre. Y agregar que Bani, "es pueblo que progresa".

9

EL ALMANAQUE EQUIVOCADO

A cualquiera que le cuenten que una persona afirmara rotundamente que el almanaque estaba equivocado, se le harían los sesos agua. Sin embargo, esto ocurrió en Bani, hace mucho tiempo, con motivo de una discusión sobre tal día de la semana, entre varias personas residentes en la otrora apacible y hoy ciudad cuyo progreso avanza para parangonearse con las más adelantadas del país.

Como es nuestro empeño captar lo que el tiempo ha ido borrando, dejamos suspendido en el tiempo el nombre de la figura a que nos referimos.

Ahora sí, afirmamos que fué honesto, serio, trabajador y honrado; quizá esa misma honradez le sirviera de escudo para creer no equivocarse. Y... en eso, era en verdad terco, como un tozudo aragonés.

No hay que dudar que por sus venas circulara sangre aragonesa, de los que trajera la Madre Patria con la Cruz del Evangelio y la razón de crear y fundar lo que ahora somos en el concierto de pueblos indoamericanos.

Así queremos imprimirle a estas notas el sello de la sinceridad que nos merecen, y como una contribución a la historia de nuestra región pródiga en el trabajo, la lealtad y caballeridad; así como dignificar el fructífero vientre de Bani, que dió en el pasado hom-

bres que sirvieron como ejemplos de la cultura, el valor y la incansable lucha con la tierra que cada día riega con el sudor de su frente para producir su sustento y mantener la tradición de ser el hombre luchador y amante del progreso de su región.

PANCHO ANGUSTIA Y CHINGO BAEZ

No crea el lector que se trata de dos individuos relacionados con el estudio de la angustia y sus consecuencias en el estado anímico del hombre. Se trata de dos personajes cuyas vidas discurrían bajo la sombra de los árboles, allá en la montaña, lejos del bullicio de la ciudad.

El canto de los pájaros y el murmullo de la corriente del río era su diversión, junto al fogón en el destartalado rancho, y en la faena agrícola bajo los rayos candentes del sol.

Eran dos, cuya soledad los convertía en seres olvidados; como una negación de sí mismos, sin saber nada de los acontecimientos que lejos se sucedían.

¡Y cómo vivían!, muchas veces el hombre se aísla o se elimina saliéndose de la realidad, para convertirse en sujeto ageno al ambiente y la verdad.

Pancho Angustia y Chingo Báez, dos genuinos moradores del valle y la montaña. Madrugadores y sencillos. Sal y tabaco eran su preocupación. Lo demás, la tierra, el aire y la luz del sol eran sus mejores amigos.

Sus vidas se conformaban, sus pensamientos, si es que pensaban, giraban alrededor de la lumbre que encendían con leña recogida en sitio cercano. Sus "mochas" eran sus amigas en la faena. Huidizos y amanerados, saludaban de lejos a los viajeros. Vivían,



trabajaban sin rumbo cierto, y terminaron sus vidas llenas de angustia por su infelicidad, que como una contradicción era su propia felicidad.

Acostumbrados a la soledad de la montaña y al murmullo de la corriente del río, olvidaron el camino de la ciudad, que recorrieron cuando vencidos por la muerte, los llevaron a la fosa en el cementerio de la ciudad.

Dos tipos que recuerdan a los que caminaron hacia la montaña, tras el rico olor de las flores del cafeto y la cereza madura del mismo.

EL CUARTO DE LA MONA

La casa donde naciera Máximo Gómez, ilustre banilejo que contribuyó con su acción, su brazo, su valor y su dedicación a llevar a Cuba al conglomerado de pueblos libres de América, fué dedicada más tarde para servir de albergue a la juventud escolar de Baní. Ubicada en la calle que más tarde fué bautizada con el nombre del Libertador de Cuba, estaba dividida en cinco habitaciones. Esta casa, techada originalmente de *tablitas*, más tarde de palma, cana y setos de tablas de yarey, y que fuera incendiada dos veces hasta su total destrucción, tenía su frente al norte; al sur, amplio patio; en el fondo, frondoso Flamboyant; al este, solar baldío; al oeste se destacaba el Tamarindo legendario. La vida de Máximo Gómez, asegura la tradición, transcurrió en ese lugar y la historia lo confirma, Ahí pasó su infancia y sus mocedades. Y, quién lo duda! La alfombra roja de las flores que cubría la tierra; el ruido de las cápsulas azotadas por el viento y que semejan espadas, del frondoso árbol, fuera la que anidara en su pecho la carrera de las armas, que más tarde, empuñando el relumbrante machete, reco-

riera la campiña cubana como antorcha de libertad y redención de pueblos libres y hacerlos dueños del don de la libertad y propia determinación.

Amplia sala, comedor, salón a lo largo del costado y partido en dos por el oeste. Esta casa, abandonada, fué destinada para escuela por altruista iniciativa de un grupo de jóvenes de esa época, que desplegaron generoso empeño en difundir la cultura y desterrar el analfabetismo que imperaba entonces. La escuela fué designada con el sugestivo nombre de "El Estímulo", y pasaron por sus aulas los educadores más sobresalientes de entonces, y que representaban las corrientes de renovación y cultura del simpático valle banilejo. Los nombres no los anotamos aquí para no incurrir en olvido de ninguno. Basta estar seguros de que realizaron labor encomiable y que perdura al través del tiempo.

Mozos de la ciudad y de los campos vecinos, poblaron sus aulas, acomodados en duros bancos de madera, sin espaldar y que obligaban a los discípulos a mantener postura erecta y atentos a la plática de sus profesores.

El estudiante concurría ufano y decididamente a la escuela, para abreviar en la fuente del saber, que con marcado empeño desarrollaban los preceptores, para instruir a los futuros intelectuales del pueblo banilejo.

En las aulas, habían representantes de todas las clases; de caracteres distintos, díscolos algunos, truculentos otros, mansos benedictinos varios. Pero, todos con el deseo de ampliar sus conocimientos para afrontar más tarde el áspero camino de la vida. Muchos llegaron; otros, el destino tronchó sus deseos y emprendieron la lucha por la existencia, por el mejor vivir, alejándose del regazo materno y de la compañía de sus amigos.

Como de todo debía haber en la casa, había también la habitación del castigo y la corrección de los indisciplinados. Si estaban en pañales los métodos modernos que indicaban la pedagogía, sociología y psicología, el profesorado tenía el deber de aplicar castigos adecuados. Se desterró el sistema de la *Palmeta*. Se estaban

modelando conciencias y creando el espíritu de confraternidad y del concepto de integridad personal. Su esfuerzo fué compensado. Pero, agotada la paciencia de los profesores, se habilitó un apartamiento para la separación de los que insistían en la falta de atención en las clases y se creó el Cuarto de La Mona! Por ahí pasamos muchos!, y con el devenir del tiempo, nos hemos dado cuenta de que sus correcciones, esas separaciones, contribuyeron a forjar los caracteres de la juventud de entonces. La casa que cobijó y donde sesteó el después Generalísimo del Ejército Libertador de Cuba, tenía también un Cuarto de la Mona! Por él desfilaron los estudiantes que cometieron faltas en clases, solitarios; sus paredes daban miedo, y es de creer que el espíritu de Máximo Gómez rondara por ese ambiente para que su silueta sirviera de ejemplo y guía a la pléyade de jóvenes que asistían a la casa que albergara al Chino Viejo, de la guerra emancipadora cubana. ¿Quién no recuerda los días de clases, y la ubicación del Cuarto de La Mona? Y, comparando los tiempos aquellos con las conquistas de ahora, qué distintos! Pero, hay recuerdos que perduran entre los que vivieron esos momentos que contribuyeron a formar el carácter y a fijar la trayectoria de esos hombres.

Lo que es o fué el Cuarto de la Mona, dejó en nuestros espíritus, la ambición de ser útiles a nuestros semejantes y a la Patria, y nos sirvió de esquife para navegar en el borrascoso océano de la vida, llena de dichas y pesares a un tiempo mismo.

UN CUENTO DE LILIS

En interés de recordar las cosas que la acción del tiempo al transcurrir, todo lo borra, quedando solamente indelebles recuerdos, nos incita ahora, fuera de la órbita de los sucesos relacionados

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

con la vida, que como tal es necesario conservar, para conocimiento de los que en el futuro se dediquen al estudio y preparación de la historia regional, que completará, al final toda la historia nacional.

El General Lilís, que monopolizó el ambiente político, económico y social del país, en el siglo pasado, desde su alta investidura de Jefe del Ejecutivo Nacional, y que está ligado al pasado banilejo.

En uno de sus viajes a Baní un grupo de jóvenes se proponían eliminar al discutido Jefe del Estado, para crear, según ellos, el verdadero concepto de libertad que consideraban conculcado.

Parece ser que los banilejos no sentían admiración por Lilís, y procuraban zaherirle del modo mejor y menos peligroso.

Sin embargo, una vez le hicieron una jugarreta, en su visita al valle, circularon invitaciones para un rumboso baile, en el hogar de una distinguida familia banileja por quien Lilís sentía placer en visitar. Lilís fué acompañado del General Manuel Puello, Comandante de la plaza de Baní. Extrañeza causó a Lilís la falta de concurrencia, e invitó a su Ayudante para que bailara, a lo que contestó vivamente Don Manuel, Jefe: aquí estamos todos juntos, pero . . ., no reburujados.

Poco tiempo después fué perseguido uno de los jóvenes que habían intentado atacar al General Lilís, y cuyo nombre no damos aquí, por no interesar. El indicado joven fué ordenado presentarse en la Capital para ser cuestionado. Llegado a la antigua ciudad de Santo Domingo, hoy Ciudad Trujillo, se hospedó en casa de su familiar, don Francisco Gregorio Billini. Contó al viejo Billini el motivo de su arribo a la ciudad. Ambos planearon presentarse a la Casa Presidencial, y al llegar, le informaron al Edecán del Presidente, quien inquirió los nombres de los visitantes. Lilís oía la conversación desde una habitación cercana, y ordenó al Ayudante que informara a los interesados que esperaran mientras preparaba su atuendo.

Tras los saludos de rigor se dió comienzo a la conversación.

Más, Lilís, sin enterarse del motivo de la visita, entonó esta peroración:

—Don Gollo, yo tenía que cumplir una promesa a la Virgen de Higüey, y salí en un caballito hacia allá, pero en el camino me encontré con unos jóvenes que iban muy bien montados; me echaron polvo; pero más tarde los encontré con los caballos atorazados y les dije: Ustedes no se dieron cuenta de que el camino es largo y las monturas se cansan. Hay que ir al pasc para poder llegar. Don Gollo preguntó al Jefe cual era la moraleja del cuento que hacía, por cuanto ellos estaban visitándolo para aclarar la situación del joven, a lo que ripostó Lilís: Eso se lo digo al joven. Que esperen, esperen para poder llegar.

Una nueva faceta de la historia regional banileja que estamos empeñados en dar a conocer para deleite de la generación presente.

CALABAZA Y GALION

Con el único propósito de apartar a los acostumbrados al cultivo de la Historia, nos hemos dedicado a escribir sobre tópicos concernientes a la historia regional de Baní. Tratando de pintar las cualidades y características de los vividores de los diferentes poblados del conjunto que forman la común, de la cual fuera Síndico, allá, por los tiempos de su fundación, don Pablo Romero.

Entre otros que serán descritos toca el turno a los poblados de Calabaza y Galión, asentados al oeste-norte de la cabecera de la común.

Esta región inhóspita por falta de agua, fué siempre dedicada a la libre crianza de ganado. Fueron en tiempos pasados Hatos, de los meradores. Viejos infolios, amparos reales, hijuelas, etc., dividieron esas regiones en los Sitios de Solorin, Cerro Gordo, Calabaza, etc., cuyas jurisdicciones llegaban hasta el corazón de la

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

Cordillera Central, límite de la común de Baní.

En Calabaza vivió en la niñez Pedro Valverde y Lara, personaje influyente en la política y sociedad de su época. El buen señor hacía alarde de su alcurnia y en una de sus prisiones políticas, formados en filas, los presos, fueron llamándolos por sus nombres. Don Pedro respondió: Pedro Valverde y Lara!, el que tenía al lado, creyendo esa la forma de contestar, dijo: y Lara. Le increpó Valverde y Lara, diciéndole: Y Lara, no; en mi familia no hay negros. Causó hilaridad en los componentes del grupo, y el aludido se quedó amoscado. Esa es, al menos, la versión mantenida hasta ahora, y como tal, la estampamos.

Hemos dicho que esa región era Hato de ganaderos; cortes de madera y criadero de abejas, que formaban sus panales en huecos troncos de árboles, donde fabricaban los ricos panales con las exquisitas flores de la flora del lugar. En ese lugar vivió Marcelino (Celino) González, aficionado al violín, cuyo instrumento le servía de inseparable compañero, bien fuera en las fiestas seccionales, o cuando, rumbo a Los Pinos de "El Recodo", emprendía la marcha a sus propiedades a la recolección del fruto del Cafeto. Alforja en el macuto, hamaca para dormir y descansar de la faena, y a la espalda su inseparable violín, entundado en una fuerte y blanca tela de lanilla.

Galión era otro sitio que compartía la vegetación de la región, como Calabaza, vivía de lo mismo, pastos, maderas duras, apiarios y carbón.

Los arroyos con los cauces secos, arena y piedras que brillaban al rocicler de los rayos caniculares del sol regional, tenía un oasis, donde abrevaba el ganado, surtía del agua necesaria a los residentes de la sección. De las peñas fluía el agua, limpia, agradable, y las amas de casas, se dedicaban al lavado de ropa de sus hogares, bajo los árboles que guardaban el rico tesoro del agua.

Uno de los Patriarcas del lugar, era Manuel Arias, Licón Arias; obeso, glotón, grandulote, pero fino, galante y sincero ami-

go. Complaciente en grado sumo con sus visitantes a su Hato, donde se recreaba con el canto de los pájaros en los montes. De esos montes que él talaba para obtener vigas, traviesas y *horcones* para puentes, vías férreas y casas en construcción.

Popular, todo el mundo lo conocía. Al construirse la Carretera del Sur, dos enormes y altos puentes, fueron construídos y bautizados así: Licón N° 1 y Licón N° 2. Que, al través del tiempo y después de erigidos de piedra, arena y cemento, conservan sus nombres antiguos y facilitan sin peligro el cruce por el abismo de su lecho.

Si hemos pintado el panorama y las características de Galión y Calabaza, nos sentiríamos complacidos. Por el contrario, si nuestro empeño fué frustrado, pedimos indulgencia a los que tengan la curiosidad de leernos. Por ello, será reconocida por la posteridad.

ZACARIAS ARIAS

En la región noroeste de la población de Baní, cruzando el ya seco cauce del arroyo Güera, en las secciones de Villa Güera y La Montería, vivía patriarcalmente Zacarías Arias, un señor de la tez oscura, que se dedicaba a la práctica de la medicina.

No había estudiado nunca, pero, según cuentan las gentes, ejercía mágico influjo entre los vividores de esa región, que fué extendiéndose a toda la común, y hasta la región Sur del país, adonde se hizo acompañar de un secretario particular.

Zacarías corría en su caballo por todos los caminos y vericuetos, salvando distancias para atender a los clientes, que clamaban por su salvador amparo. Ejerció su "profesión" en todas las ramas de la ciencia de Galeno. Extraía balas alojadas en los cuerpos de los que habían sido heridos en lances personales, valién-

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

dose sabe Dios de qué artimaña; y con una pasmosa habilidad, declaraba grávida una juvenil doncella campesina. Señalaba también el sexo que traería más tarde la cigüeña de una madre en gestación.

El médico rural, que lo fué de toda la región, creó fama y respeto entre todos sus seguidores. Realizó viajes. Se hizo célebre y todos aquellos que por suerte o habilidad logró curar, eran los mejores propagadores de sus acertos curativos. Llegó a ser el consejero de toda esa región donde se desenvolvía; tenía confianza ilimitada en los ranchos y bohíos que visitaba; en cada sección tenía un amor. . . Se despertó en su espíritu el germen de la lascivia y cada primavera surgía a su vida un nuevo amor, que hiciera más placentera y feliz su agitada vida.

Como todo tiene su fin en este mundo, el espíritu flaqueole guiado por la ambición y el desenfreno, y en Zacarías se despertaron celos. Se apagó la estrella que lo dirigía por sendas de triunfos en su carrera de médico, cirujano, partero y experto en enfermedades tropicales, según el tiempo y las formas de vida de los residentes en la región.

Y un día fué fulminado, se desplomó como un roble corpulento al filo certero del hacha destructora. . . , en un camino oscuro, solitario, cuando se dirigía a la ciudad; fué acribillado a puñaladas. Sus matadores no pudieron ser localizados. Quedaron en la sombra. Después, los relatos, el índice acusador de sus perseguidores.

La mayoría achacaba su muerte a deslices amorosos, a celos mal comprendidos por pobres agricultores que se consideraban heridos en su honestidad y su honra. En fin, desapareció para siempre, dejando su ruta hacia la ciudad manchada de sangre, donde ocurrieron más víctimas que el populacho relacionaba con la vida y milagros de Zacarías Arias, muerto en una encrucijada del otrora camino que lleva de La Montería al fondo del pueblo arriba, cuando trataba de visitar la ciudad.

Zacarías no estudió jamás; no sabía escribir, pero recetaba y curaba.

Han pasado muchos años después de su muerte y hay todavía quienes recuerden sus famosas curas y sus actividades en la común de Baní.

15

EL LAPE DE FELE

Recordar ciertos momentos de la vida de la niñez y la infancia, es retrotraer en el espejismo de la lejanía los instantes más agradables de nuestra vida, en relación con lo actual. No hay mejor creador de la alegría, que el recuerdo de los días juveniles, cuando no pensábamos en la intrincada vida moderna, que si en verdad nos ofrece facilidades en nuestras manifestaciones actuales, nos confunde cuando hilvanamos recuerdos que ha borrado la ley evolutiva del tiempo.

Sin embargo, cuando en los momentos de meditación expresamos el caudal de los recuerdos; cuando intentamos medir la densidad del tiempo y el espacio, nos encontramos que somos ínfimo átomo en el todo de la vida en relación con la existencia.

He aquí, que ahora, cuando dirigimos nuestro pensamiento hacia el pasado, —y entiéndase que no tenemos resquemor por la fuerza arrolladora del porvenir—, que para sanidad espiritual nos sumerjamos en la fuente del pasado; la historia se escribe por los que en la actualidad son, coordinando todos los acontecimientos que yacen empolvados en los viejos anaqueles.

Pero, detengámonos en estas digresiones, que en realidad, de nada nutren al lector, ya que son sencillamente el fruto de un deseo insatisfecho, falto de cohesión y de interés intelectual.

Allá, por los años de 1905 al 1908 formábamos parte de los que recibimos los primeros ejercicios en la función del intelecto y la cultura; en la escuela, que es el factor decisivo para triunfar frente a los sacudimientos de la lucha para crearnos nuestra propia vida.

Sitio, un viejo caserón cedido por el Libertador de Cuba, Generalísimo Máximo Gómez, quien aún estando lejos, pensaba también en que era necesario, imprescindible, la preparación de la juventud. Y ningún sitio mejor que ese, donde sesteara en su juventud el último Libertador de América.

La casa, si no estaba preparada para tales menesteres, al menos servía de albergue a la parvada juvenil que caminaba por los mismos sitios que otrora pisara el héroe del mal tiempo y Palo Seco, peleando por la libertad de Cuba.

Quién de nosotros recuerda ahora los días que descansábamos bajo la sombra del tamarindo y la del flamboyán, sobre la alfombra roja de las flores caídas en desorden. Nadie de nosotros pensó entonces que recibíamos la instrucción en un recinto que sirvió de regazo a un caballero de la idea y del civismo.

Por ese sitio pasaron los forjadores de la mente de los escolares de entonces: Marino Miniño, Fabio F. Herrera, Joaquín y Santiago Incháustegui, Rafael M. Puello A., Luis O. Castillo, José Ma. Alfredo Pérez, etc., etc., que nutrieron nuestros espíritus y nos orientaron hacia el porvenir. Muchos de los maestros han desaparecido, se los llevó la muerte en su vorágine implacable; los discípulos, se desparataron unos, otros, se superaron a sí mismos y ostentan títulos académicos; los más, nos quedamos rezagados y tuvimos que seguir en la lucha y el trajín para obtener el sustento, y quedamos atados a la sombra de los recuerdos.

El autor del *Lape de Fele*, vegetó en la vida, se lanzó al torbellino, hacia otros lares en busca de la realidad. Siguió por distintos caminos en busca de lo que aspiraba: la solución del conflicto de su existencia; deambuló sin sentido y sin rumbo cierto, llevando en su alma la frase que lleva por título esta narración. Vivió la vida, y tenía muy adentrados en el alma los momentos de sus cuitas escolares, y se le gravó para siempre esa de *El Lape de Fele*, que fué el caudal que le sirvió de ruta por los caminos de la existencia. Quizás ni él, ni nosotros pensábamos que en el viejo caserón escolar se estaba gestando nuestra proyección hacia los

intrincados caminos de la verdad, ni que a la sombra de los árboles, donde pasábamos los minutos de recreo, descansó también Máximo Gómez.

Ebullición de recuerdos, fría realidad que no comprendió nuestro hombre, que se perdió más tarde en la loca carrera de la vida.

Por eso, al través del tiempo, me hiera siempre los sentidos la frase de *El Lape de Fele*, que simboliza la genuina expresión del sano muchacho que aspira romper el velo que cubre sus ojos, para ser hombre propicio a las actividades de la vida, frente al obstáculo de su ceguera intelectual. Bien hayan los que con amoroso empeño se dedicaron al perfeccionamiento de la juventud de entonces. Si no disfrutaron del triunfo apetecido, al menos recibieron la expresión de maestros que regaron la simiente, con la sencillez benéfica de sus afectivas explicaciones.

16

EUGENIO SUERO

Importa poco que hombre cualquiera viva en determinado barrio de cualquier ciudad. Ni importa tampoco que su situación sea floreciente o dificultosa; que salte a las nubes para encontrar el diario sustento, y que también se quede pensativo al ver que se consume la leña en el *fogón* sin que baje a la cazuela el maná salvador; que el tarantín de la esquina no sea fácil de asaltar en busca de un *fiado*, por la cara dura de la dueña.

Las calamidades de cualquier hijo del vecino, no paraliza la respiración de los habitantes del vecindario ni estremece el corazón.

Cada quien que vive como quiera y como pueda, es la filosofía del ambiente.

Uno de esos desheredados de la fortuna, bien sea por inercia, por su enemistad con el pico, el hacha, la azada o el machete de trabajo, o también, cansado por el trabajo de no hacer nada, ya que ésto causa sueño y ganas de descansar. Pues si uno de esos vivió

entonces en rústico rancho de tajamaní y techo de cana, en el final de la hoy llamada calle Santomé, parte Sur de Baní, su nombre es Eugenio Suero, su oficio, zapatero remendón algunas veces, otro célibe empedernido, tendido todo el día en su hamaca de lanilla.

Cierto día, armado de todas las argucias, abordó al dueño de una pulpería; planeó la embestida, ladino por herencia, con la cara afligida por la vigilia del estómago, habló poco y rápido, y *cayó* la dueña del *tarantín*, amplia de carnes y asentaderas descomunales, chupadora de *túbano de oloroso tabaco* enternecida. Casabe, raspadura, tabaco de andullo, sal y otros menesteres fué el botín, cuyo valor fué de 2 pesetas nacionales; lo ínfimo del precio de los artículos le permitió para todo, se marchó a pasos largos a su rancho, y celebró en abril las fiestas de la Virgen de Regla, festividades que se celebran el día 21 de noviembre en toda la región, por ser el día de la Patrona.

Ingenuo, parlachín, humorista y pendenciero, olvidó los caminos de la casa de la dueña, esquivaba los encuentros para no pagar el importe de su cuenta. Y total, 2 pesetas.

Para la época en que resultaron los acontecimientos que relatamos, era Jefe de la Policía, señor de fusta y garrote, Clemente Lara, quien era el azote de trasnochadores y buscones; que en todo tiempo los ha habido.

Pues bien, "así como empieza el cuento", un día, se encontró Eugenio de manos a boca con la doña amplia de carnes, su acreedora. El no pudo rehuir darle el frente y ella le dijo, después de saludarlo: Eugenio, ¿y mis 2 pesetas? Y, abriendo sus grandes ojos con ribetes ensangrentados y con una rapidez extraordinaria, dijo así: Están sin novedad. Ella, asombrada con tal expresión, le devolvió esta andanada: Te echaré a Clemente. Eugenio rió y el color marrón de sus dientes rugientes se dejaron ver y le objetó: ¡Que venga Clemente, y La Piadosa!

La ruleta del tiempo siguió dando vueltas, Eugenio Suero se enfermó sin darse cuenta, y de seguro en su tumba San Clemente y La Piadosa lo vigilan eternamente.

LOS PALOS DEL ESPIRITU SANTO

El día 3 de mayo se celebra en diferentes lugares del país, las fiestas de la Santísima Cruz de Jesús Crucificado. La ciudad del Seybo tiene como su patrona la Santísima Cruz. Los moradores de la ciudad y toda la provincia se ufanan en la preparación de las festividades, en las cuales intervienen todas las clases sociales, sin distingos ni cortapizas. En el sentido estricto de la palabra, una fiesta popular donde se apretujan todos para demostrar su devoción a nuestra religión, que fué la de nuestros progenitores.

Pero no es solamente en el Seybo. También en Baní, en un campo cercano, denominado "El Cañafístol", celebran cada 3 de mayo, las festividades de la Santísima Cruz. Estas duran una octava, pero todo el mes de mayo se dedica a la adoración del simbólico madero, que simboliza el sacrificio del Divino Galileo en favor de la unión de los hombres de sanos ideales y la purificación de nuestro espíritu en la fuente de la Esperanza y la Verdad de la doctrina cristiana. Ya, en otra oportunidad hemos referido los diferentes aspectos del lugareño de El Cañafístol, sus características y sus medios de subsistencia. Así pues, queremos referirnos a las velaciones que se celebran a partir del tres de mayo, que empiezan en el árido poblado, que, si no florece la verdura, si se ofrece la hospitalidad y la complacencia de sus hombres y mujeres.

Convertidas ya en recuerdos las velaciones del barrio de pueblo arriba, en los predios de Machangá, Magurín, Eusebio Pérez y el Vale Justo, quedan sin embargo, la de Balbina Guzmán en Pueblo Abajo y de María Lachapel en las lindes de Villa Guerra.

Hemos visto las anteriores, disfrutamos de las ferias ya pasadas, pero justo es consignar que nos sentimos atraídos y asombrados, al ver la muchedumbre de concurrentes a la casa de María Jama.

La explanada que servía de marco a la Ermita y al Altar de la Purísima, sorprendió a mi empeño de observador de las costumbres tradicionales del pueblo donde ví la luz de la vida y discurrió mi infancia, cuajada por la transfiguración del tiempo en lucha plena, en afán de superación y en la conformidad de mis frustradas aspiraciones de mejoramiento espiritual y cultural.

EL RAPTO DE LAS HIJAS DE VALE JUSTO

Hace ya mucho tiempo, vivía el Vale Justo en el "pueblo arriba", cuyo nombre de pila no viene al caso. Las casetas y los bohíos estaban desperdigados en el lugar, sin calles y sin dirección; parecía más bien un canci de la época indígena que un barrio ciudadano.

Habitado por gente trabajadora, su oficio primordial era la industria de las hojas de guano; macutos, esteras, árganas, sogas de pozo, serones, etc. Sus diversiones principales, bailes con acordeón y güira. Y, en las fiestas religiosas, las velaciones con cánticos, bajo el techo de enramada entrecruzada de guirnaldas multicolores, de papel de *vejiga* que le daban cierto aspecto de pintorescas tonalidades.

El lugar era propicio para los lances de amor; sitio estratégico para noches de desvaríos; para las tertulias que subían del centro de la población, los *blanquitos* y tenorios; los casados y solteros que buscaban ambiente para divertirse a escondidas de los padres o esposas, que ignoraban el paradero de sus consortes.

Guasábaras, bayahondas y tunas irizaban las veredas del barrio, que se mantenía semioscuro, alumbrado a trechos por un quinqué de mechón impregnado de gas, Luz Brillante o Capitán.

Residentes fundadores del barrio eran el Vale Justo, Eusebio Pérez, Machanga, Bembita Pérez y varios más que la memoria olvida involuntariamente.

Pues bien. En una noche en que el brillo de la luna invitaba a las expansiones espirituales, y en plena *noche vela*, las hijas de Vale Justo se fueron de paseo a disfrutar de la velación cercana a su ranchito. Tarde en la noche, regresaban las dos jóvenes por los estrechos caminos del barrio, y, cual no sería su asombro y estupor al verse rodeadas de tres hombres, que avalanzándose sobre ellas, las obligaron a seguir por rumbos desconocidos.

El Vale Justo, desesperado de aguardar el regreso de sus hijas, dió la alarma. El vecindario se arremolinó alrededor del destartalado bohío, y empezaron las conjeturas; las promesas a la Virgen por el regreso a la casa paterna.

Las autoridades comunales tomaron la iniciativa en la búsqueda de las desaparecidas, hasta que dieron con su escondite, en la vecina sección de Peravia, donde fueran llevadas por sus raptos.

De ese lugar fueron trasladadas; los autores fueron capturados y sometidos al tribunal correspondiente en la antigua ciudad de Santo Domingo de Guzmán.

En cumplimiento de las promesas ofrecidas, se celebraron velaciones que duraron varios días. Los estrechos caminos se congestionaron de visitantes, y la campeona del canto, con una lata de hojalata como pandereta, cantaba, cantaba, por el regreso de las jóvenes, hasta que la garganta, cansada de cantar, se convertía en un ronco ruido gutural.

Los autores del rapto han desaparecido, siendo acribillados a puñaladas en un callejón sin salida, en uno de los barrios de maleantes, en las alturas de la antigua Capital de la República.

Este rapto no tiene la similitud del de Helena, que fué motivo de una guerra; ni los autores se valieron del famoso "Caballo de Troya". Pero sí alarmaron el barrio del pueblo arriba con su grosera actuación, y que fuera tópico de diversos comentarios e innumerables conjeturas a los moradores del uraño barrio pueblerino.

Valga esta estampa de acontecimiento que la historia guarda, y que bien puede servir para comparar aquellos tiempos desaparecidos con la realidad y la verdad del progreso que vive la sociedad

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

banileja del presente. Cosas olvidadas, se van borrando paulatinamente, pero que a nuestro juicio forman el acervo histórico de un pedazo de nuestra Patria, que tiene gravada en páginas indelebiles la razón de ser de la misma, y que cada día se empeña más en cumplir con el deber sagrado e inmanente de ser próspera, feliz y diligente guardadora de sus virtudes, su religión y sus costumbres, atributos que sostienen en su pedestal de gloria, recia contextura de toda esa región, cuna de hombres que esparcieron por el mundo su inteligencia, su valor y sus cívicas actuaciones, y la virtud acrisolada de sus mujeres.

19

COMO LOS CERDOS DE HONDURAS

En un empeño, que quizás, y sin quizás, no sea lo fructífero que deseamos, nos hemos dedicado a escribir en relación con las diferentes regiones que enmarcan la común de Baní.

Ayunos en el arte de describir la belleza del paisaje; la reciedumbre de los árboles; de la vida y costumbres de sus moradores. Hemos, sin embargo, emprendido la tarea, con el vigoroso y renovado empeño de exaltar y levantar la idea de continuar la historia regional, que con el tiempo formará, junto con las demás, la historia nacional.

Esta vez está de turno Honduras y Los Ranchitos, dos parajes apartados y distantes de la común cabecera, pero formando parte del todo, del conglomerado banilejo.

Enclavadas en la ruta de San José de Ocoa. Eran ricas en producción de maderas preciosas: cedro, espinillo, caoba, roble y otras diferentes. Sus moradores se dedicaban al corte y aserrío de maderas, y el canto del aserrador rompía la monotonía de la selva y se confundía con el canto de las aves en la espesura. También era sitio para la crianza de toda clase de ganado y principalmente de cer-

dos, que deambulaban sin destino por veredas y caminos. Por su cercanía a la ribera oriental del Ocoa, era fácil a las manadas conseguir el agua para saciar su sed, en su acostumbrado viajar de un lado a otro.

Sin embargo, los tiempos cambiaron. La riqueza maderera pasó a mejores días. Las abejas no producían en sus primitivos barriles de troncos perforados y montados en piedras, y la vida se fue haciendo difícil para los vividores del lugar. El río no siempre seguía su curso, el agua se esfumaba en los cascajales, o el hombre la obligaba a seguir diferente su curso para refrescar el pequeño conuco.

Los cerdos seguían su vida y crearon con sus famélicas costillas una expresión entre los vividores de la región, que al encontrarse y entablar conversación, se preguntaban por su salud y su bienestar, respondiendo con esta afirmación:

—De bueno, nada, aquí vejetando, y como los cerdos de Honduras, aguantándonos con el hocico.

El hocico, que servía de puntal quinta pata del cuadrúpedo para poderse sostener.

Vale la expresión popular que se generalizó en la región:

—¿Cómo estás?

—¡Yo! ¡Como los cerdos de Honduras, aguantándose con el hocico!

COSAS DEL PASADO BANILEJO

La mayoría de los pueblos del país tienen sus características vitales, que los distinguen entre sí, y cuyas corrientes convergen en el concepto del todo, que es la nacionalidad, bien sea del Estado, la Provincia o la Común, de acuerdo con la distribución político-geográfica realizada por los poderes directrices de la Nación.

Contribuye en la psicología regional de los habitantes, la tierra, el clima y el sol, en sus diferentes aspectos.

Se encuentra, por ejemplo, que en el corazón del Cibao, el hombre con la riqueza de la tierra es más alegre; la lucha por la subsistencia es más llevadera. No así resulta en la Línea Noroeste, Azua y Baní, donde el hombre vejeta por la ausencia de esa fertilidad, que los hace hoscos, pensativos; como quien llevara en el alma un pesar extraordinario, donde la lucha por el diario vivir se hace más difícil.

Es el temor de la sequedad ambiente y donde no se podía confiar con la liberalidad de la Naturaleza.

Ahora bien, en esas regiones que otrora fueran de una desesperada existencia, todo está cambiando por la fuerza infatigable del progreso. La generación actual lo está palpando y los beneficios se están recibiendo en concordancia con la política, desplazada hacia el mejoramiento agrícola e industrial, cuyo desarrollo están produciendo los cálculos calificados.

Sin embargo, nuestro interés es referirnos a la historia, a lo que el tiempo con su trayectoria inmutable está alejando de las mentes de la generación actual.

Queremos referirnos aquí a la acción decidida que ejercieron personas que ya han desaparecido y otras de una edad, que transcurren su vida sin la verdadera noción de la misma.

Hace mucho tiempo ya, podríamos decidir borrados de la imaginación, se reunía en Baní un grupo de personas de ambos sexos,

con la idea preconcebida de crear ambiente propicio a la cultura, al mejoramiento y a la edificación de la municipalidad banileja.

Queremos, sin embargo, referirnos a la construcción de la iglesia, el cementerio y el parque de recreo, que en la actualidad son orgullo de cada banilejo, pero que para esa fecha, era menos que utópico, de acuerdo con las realidades ambientales.

Pues bien, con el progreso como norte y el desinterés por escudo, se lanzaron a la lucha.

Todavía quedaba en el ambiente algo de lo que nos dejaron los detentadores de nuestra nacionalidad, y los grupos, para realizar su labor de progreso se dividieron en *Carvee*, que al decir de don Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, es una creación del idioma haitiano que significa grupo o junta.

Y . . . , cada *Carvee* tenía asignada una persona como director, que al son de aires musicales invitaba a sus vecinos para realizar sus labores en las obras. El agua de la *rigola* lejana llegaba, cuando las campanas clamaban por sed, y burros con sus barriles llegaban presurosos con su carga para que el obrero siguiera su obra. Así se formaba la colmena de ciudadanos que se enrolaban en las filas de los visionarios del progreso. Marco Antonio Cabral, Gregorio Billini y otros; los hermanos Cabral y Báez, Aminta Blandino, iniciadora de las Juntas; Amancia Objío A., Cleofe Pimentel y otros cuyos nombres no se mencionan por fallo de la memoria y no aparecen, pero que en ningún caso significa negación de reconocimiento de sus labores, ni el cariño hacia el pedazo de tierra donde transcurrió su juventud, y donde, —;quién lo duda!— surgió la caricia del amor que más tarde se convirtió en retoños que han servido y sirven para crear el tipo del banilejo, que dentro y fuera del país, ha creado el espíritu progresista de la colectividad de la hoy Provincia Trujillo Valdez, en homenaje a uno de sus más ilustres hijos.

VIAJE A BANI DEL LIBERTADOR MAXIMO GOMEZ

Recordar sucesos o acontecimientos que tuvieron su origen en tiempos ya lejanos, es obra plausible, si ella se limita a la verdad histórica. No nos preciamos de historiadores. Sencillamente, nos gusta esa rama de la ciencia, y por tanto, nos dedicamos a obtener datos, ya sean escritos, y a consultar personas que por su edad, nos permitan recabar informaciones sobre actuaciones de personajes cuyo valor histórico es conocido, y cuyas ejecutorias hayan alcanzado los pedestales de la historia.

No escribimos para denostar, por el contrario, nuestro empeño es elevar y dignificar, principalmente, a los hombres nacidos en Baní, que fue sementera de literatos, poetas, educadores y luchadores en la guerra por la libertad de los pueblos. Ellos, enamorados del pedazo de tierra en el que discurrió el tiempo más feliz de la vida, contribuyen o contribuyeron a mantener en prominente sitial a Baní, su cultura y su progreso.

La visita de Máximo Gómez, Generalísimo del Ejército Libertador de Cuba, a su pueblo natal, fue la expresión del conglomerado banilejo, que "festejó y glorificó" a quien por sus estupendas hazañas, en la manigua cubana, fue reconocido como el último Libertados de América. De esta América, que sigue siendo el "Continente de la Esperanza".

Hoy traemos a estas páginas algunas anécdotas del ilustre banilejo, que quizás sean ignoradas y que pueden ser incorporadas a su biografía por los doctos cultivadores de la historia. Un grupo de jóvenes ofreció un rumboso baile a don Máximo. En él apareció el Generalísimo con el atuendo inherente a su rango. Y cuentan los que aún viven que su gallardía inspiró a una poetisa que incidentalmente se encontraba en Baní, improvisando unos versos que decían: "El machete que lleva al cinto, le cuelga hasta el *Jarrete!*" Bailador

y festivo, lució sus galas de cultor del baile, en brazos de distinguidas damas; el salón era estrecho para las filigranas de sus movimientos y pasos de baile. Sin embargo, por más de una vez fue importunado por un joven visitante que le escamoteaba la pareja. A cada instante recibía una nueva súplica y era complacido. Pero la insistencia exasperó al viejo, quien interrogó al audaz joven de esta manera: —"Joven— ¿usted es banilejo? ¡No!, respondió el interpelado, soy capitalaño. ¡bah!, ¡banilejo! ¡capitalaño! ¡Ni una cosa ni otra! Cortó el diálogo retirándose del joven a otro sitio del salón.

Al regreso de Baní, de uno de esos viajes, trajo consigo a su hijo Panchito, no el que cayera en Punta Brava, en el fragor del combate, junto al cadáver de su Jefe, el Titán de Bronce, sino el banilejo Panchito González (Véase Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, Papeles de Máximo Gómez, pág. N^o 334). Mientras se hospedaban en familiar y acogedor hotel, ordenaron al mozalbete una diligencia. Llovía a la sazón y el muchacho usó el paraguas del Viejo para cumplir su encargo. Tardó en volver, y el Generalísimo, que tenía en mentes hacer urgentes diligencias, reclamó el paraguas. Le informaron que había sido tomado por su hijo. Esperó el regreso y lo increpó de esta manera: "Sea la última vez que toques una cosa ajena sin consultar al dueño". Tal fue la emoción espiritual de Panchito al recibir la reprimenda, que fijando la mirada en el suelo, se alejó de la escena y no dijo nada. Pocos días después, apesadumbrado, volvió a Baní, llena el alma de profunda pena por la súbita imprecación del padre. Hijo bueno y obediente, se retiró a sus lares. Quizás este acontecimiento frustró sus deseos de vivir en Cuba, la Patria que libertó la espada de su progenitor, y murió en su pueblo, donde se deslizó su existencia. Tal, la rectitud de carácter del Generalísimo!, norma de su vida y norte de sus actuaciones!

Galán seductor, el Generalísimo conquistó corazones de bellas doncellas. En su vida de revolucionario andariego, dejó siempre abierto un hueco en su corazón para las lides del amor; por eso, al realizar su último viaje a Baní una de sus primeras visitas fué a la casa donde moraba Eleuteria (Lucteria) Arias, su novia de la juventud.

El diálogo entre ambos fué cordial, al decir de sus acompañantes, y la alegría dibujada en los rostros sellaron los recuerdos de los días lejanos, cuando bajo el alero del limpio bohío, se murmuraban dulces endechas de amor frente a la inocente claridad de la luna que iluminaba el cielo azul de Valle de Peravia.

EL MILAGRO DE LA LECHE

Somos católicos y cristianos. Lo somos por convicción y por herencia; fué la religión de nuestros pasados y la de nuestros hijos. Pero, como Santo Tomás, nos gusta "ver para creer"; nos gusta la religión cristiana en cuanto a su verdad histórica y espiritual.

Cuando dudamos, elevamos nuestra mirada al Altísimo y pensamos en Dios que nos despejará la incógnita en las cuestiones anímicas para que resplandezca la verdad.

Sin embargo, nos asedia la duda en cuestión de los milagros. Estos existen y resultan si tenemos fe en nuestras convicciones religiosas; si sentimos el frescor y la esencia espiritual del cumplimiento de las obligaciones con los preceptos que sustentamos; si vivimos la verdad que nos impone la sinceridad de nuestras creencias.

Ello así, para contar lo que nos dijeron en relación con un pasaje histórico, sobre las actividades progresistas de los moradores de Baní, hace medio siglo.

Mientras un grupo de abnegados de ambos sexos, a la sazón, laboraba en beneficio del progreso comunal.

Se trataba de la construcción del cementerio, el parque de recreo, la iglesia católica. La junta encargada organizaba colectas, además de los *Corvee* de que ya hemos hablado en otro capítulo de estas narraciones.

Una de esas colectas los llevó a la cercana sección de El Llano, aledaña a la población; visitaron varias viviendas que gustosamen-

te aportaban su contribución. En una de esas visitas llegaron a la casita de Dolores Tejeda, quien aportó 5 pesos, que de acuerdo con el cambio de 5 x 1, resultaba un peso moneda americana; en total; cinco *clavaos*, como bautizó el pueblo a nuestra moneda de 1897. Doña Dolores se quejó de lo ínfimo de su contribución, y dijo:

—“Lo único que poseo es un corral de *chivas* y me sustento de la leche de su ordeño. Si la Virgen de Regla me hace el milagro que aumente la leche, con gusto seguiré contribuyendo”.

Caso raro, verdad, milagro o ley de la Naturaleza en la multiplicación, según los preceptos religiosos, la asombrada señora, justificando su fe y su religiosa creencia, se apareció en la población con tres cabras y siete crías, aduciendo un milagro de la Virgen el sustancial aumento de su corral y su disposición de seguir contribuyendo.

Tal como me lo contaron lo traslado aquí, como una contribución al acervo histórico de Baní y al esfuerzo de sus hijos por el engrandecimiento cultural y progresista del pueblo que les sirvió de cuna y en el que discurrió su juventud y la de sus progenitores.

23

RUMBO SUR Y ESTE

Viajar es vivir, dijo uno. Viajar es instruirse, purificarse, deleitarse y confundirse con la belleza de la Naturaleza, pródiga en policromía y siluetas que entusiasman con su variedad de matices.

Las cintas de piedra que enlazan las ciudades y provocan vértigo en la velocidad del vehículo que nos lleva a otros sitios y que acorta la distancia, —raro contraste—, entre campo y ciudad. Rapidez de movimiento en las calles citadinas; desconocimiento de las distancias entre los poblados, de la sierra y la llanura. —“Falta mucho para llegar a Batias”?— ¡No!, está allí, dentro de un minuto

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

llega. Esa es la impresión del tranquilo campesino, que habla con trabajo, pero cuajado de sinceridad y valor en la expresión.

—¿Conoce usted su país? Si no ha recorrido la República, no se conoce a usted mismo. Y, eso es lo que he tratado de obtener: conocerme a mí mismo, viajando a veces, en cumplimiento de un mandato de mis obligaciones; otras, en mi afán de conocer y admirar las bellezas que atesora la patria en que vivimos.

El Sur, remoto, difícil y agradable a un tiempo mismo. La ver-
dura de los campos de caña; la sequedad de las tierras. Cactus, gua-
zábaras, polvo, lomas, estepas, soledad, ausencia de seres racionales.

San Cristóbal, Baní, San José de Ocoa, Azua, Barahona, San Juan, Elías Piña, jalones en las tierras del Sur que significan la ver-
dad de nuestra historia! La frontera, símbolo de nacionalidad ahora.
Antes desolación, ausencia y desconocimiento de deberes y obli-
gaciones. Negación absoluta de dominicanos herejes de fe y de
verdad.

La historia dominicana se escribió en el Sur. Las Carreras, El
Número, 19 de Marzo, Santomé, Las Matas, Cachimán, son la mues-
tra de la fuerza indomable del hombre, hombre del Sur para defen-
der y mantener el mayor de los deberes: la libertad y la convivencia
de la familia dominicana.

Santomé, inmenso pajonal, sabana sin fronteras, es ahora gra-
nero y sostén de sus propios vividores.

Raro contraste, antes los toques de corneta, el redoblar de los
tambores. Ahora el mugir del buey con el arado roturando la tierra;
el canto de las aves en los árboles; el cántico del agricultor que tra-
duce en verso el golpe del hacha que retumba al derribo de los ár-
boles para la conquista de sus ansias de mejoramiento.

El Sur Es y será la fuente y la directriz de la dignidad e
integridad nacionales.

Pedro Corto, Charcas de María Nova, Juan de Herrera, El
Guanito, Sabana Alta, Mijo, Batias. Nombres que revelan la fuerza
de la raza hispana, ligada a la indígena de Caonabo y Anacaona, del

augusto remanso del Corral de los Indios, que hablan de los tiempos lejanos y que mantienen sus signos de grandeza a pesar del tiempo y la evolución que contrastan con el proceso de mejoramiento actual y los recuerdos del pasado.

El Este, ese Este que nos ofrece la salida del sol, cuyos rayos purifican. La savia de sus ríos, el estrépito de las locomotoras que cruzan caminos en su brega por llegar primero a la factoría con su carga de la dulce caña. Las llanuras que con su verdor invitan a la manifesación de la belleza y al provecho y saludable expresión del canto de los trabajadores campesinos.

Más lejos, al final: Higüey, donde está el Santuario de la Fe. Punto final de nuestra actividades, y donde el espíritu se comprime con la grandeza de la sublime imagen de La Alta Gracia, que indica derroteros de fe y donde el viajero purifica su alma y clama por ser bueno, ser cristiano y ser dominicano de espíritu, de sangre y de verdad.

Recuerdos de un viaje, que gracias al progreso, la fe, las grandezas de la paz y prosperidad que disfrutamos y que son las características que representa la Era y que orienta dignifica el genial e ilustre dominicano, Padre y Benefactor, Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, cerebro, brazo y corazón, puestos el servicio del engrandecimiento colectivo y al ordenamiento y compactación de nuestra nacionalidad, y ratificación del concepto de Paz, Felicidad y Educación de nuestro pueblo.

EL MACHETE DE PEPE

Hace ya mucho tiempo, quizás un siglo; ejercían en la entonces común de Sabana Grande de Palenque, hoy Distrito Municipal, dos distinguidos jóvenes de la sociedad banileja.

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

Uno era Comandante de Armas; el otro, Alcalde Comunal. Restaurador uno; el otro, santanista y admirador de la Madre Patria.

Dos caracteres distintos, revolucionario, diligente, audaz y valiente; conquistador de corazones femeninos y hábil jinete en briosos caballos.

El otro: sereno, observador, filósofo, complaciente y pacificador entre amigos, siempre ofrecía la manera de resolver litis y disgustos entre grupos y familias. De ahí que le llamaran el Conciliador.

Pues bien, dedicados a labores agrícolas, alternaban en política, sociedad y actividades naturales de esa época.

Fueron designados por el Gobierno y actuaban en coordinación perfecta: el Comandante era el Fiscal; el Alcalde ejercía patriarcalmente su función judicial. Cada delincuente era llevado a presencia del Alcalde; el Comandante formulaba la acusación; y el Alcalde, serio, parsimonioso, ordenaba al Secretario la lectura del artículo violado; las más de las veces diferencias de trazado de cercas o en daños de animales en propiedades ajenas y pependencias entre comadres de barrios.

Parece ser que la Justicia era recta. La época de "que la letra con sangre entra".

Una vez fue traducido a la Justicia; viejo y conocido vividor de la región. Consultó con amigos la forma de salir lo menos perjudicado en el trance presentado. Declaró temor por el rígido carácter del Alcalde, a lo que el amigo ripostó con inusitada rapidez:

"No es nada, el Braulio sino el Pepe con su Machete!". Indicando con la expresión, que el verdadero hombre fuerte era el Jefe Comunal.

Esto es, lector, lo que quisimos hacer, al dedicarnos a escribir estas notas de tiempos muy lejanos, y que posiblemente desconozca la generación banileja actual. Pero hemos querido traer ahora para mantener en vigencia lo que oí contar a mis abuelos:

"No es nada el Braulio, sino el Pepe con su Machete"!

PUEBLO ARRIBA

El pueblo arriba, en Baní es el barrio de más múltiples y diversas actividades de esa porción de la ciudad, que se asienta en la orilla occidental del río Baní o Güera, por la confluencia de ambos: uno que viene de las montañas centrales y el otro, que en otros tiempos arrastraba las aguas de las lomas del Manaclar y otros.

Las características del pueblo arriba, son, puede afirmarse, distintas de las de los otros barrios.

Ahí se vive la vida nocturna; es el sitio de diversión; es el más comercial. Es también donde reside la *barragana*. Donde es más fácil el comercio y donde le produce más trabajo a los guardadores del orden público. Sin embargo, es bueno aclarar y dejar constancia, que viven y han vivido familias honestas, trabajadoras y dignas de admiración.

Si tratamos de hacer una comparación entre el barrio Norte y el del Sur, tendremos que convenir que el primero es todo actividad; que el ensanchamiento de su perímetro es asombroso.

Factorías, fábricas, depósitos, comercios, fiestas y placeres, se obtienen en el barrio de pueblo arriba. . . .

El Sur es tranquilo, duerme temprano y es madrugador. Sus vividores son tranquilinos, y la crónica policíaca raras veces acusa casos y cosas que ameriten investigación. No obstante, sus hombres se dirigen al pueblo arriba, bailan, gozan y se divierten.

Como nos interesan el pueblo arriba, nos vamos de *farra* por sus club nocturnos; por la gallera y por las cantinas y billares.

Moradores de ese barrio, fueron Josecito Aybar (el León), Telésfora Pérez, partera que recibió en sus brazos más de una generación de banilejos; el larguirucho y erecto Eusebio Pérez; las *Magurines* y las *Machangas*, expertas en el tejido del guano, escobas, *árganas*, macutos y serones, en ese tiempo una de las mejores industrias

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

del lugar, cuyos productos se exportaban a Santo Domingo (Ciudad Trujillo), Macorís y otros lugares.

En la actualidad casi no existe la materia prima, porque fué aniquilada en interés de proporcionarse el modo de vivir, y ya El Cerro no presenta el movimiento de los árboles de guano que se balanceaban en su lomo, como flechas dirigidas hacia el Cielo.

En pueblo arriba tiene su morada San Juan Bautista, cuyas celebraciones, el 24 de junio, fueron siempre rumbosas, y donde el baile de la Sarandunga es la parte central de las festividades, así como las célebres corridas de macutos en la verde sabana; donde hacían figuras y cabriolas ginetes y cabalgaduras.

El pueblo arriba fué escenario de una tragedia que se recuerda todavía, en una noche lluviosa, hace treinta o más años, una descarga eléctrica incendió el techo de cana de una casa donde se encontraban varias personas, de velorio, electrocutando a dos, entre ellos un militar a quien el impacto le fundió la *carabina* de reglamento, e hirió a varios, entre ellos a Néstor Herrera, a quien hubo necesidad de extraerle de su endeble anatomía varias astillas de tablas y horcones que la fuerza del rayo desflecó con facilidad.

La casa la habitaba la familia Medrano, en la calle Capotillo de entonces.

Residente el pueblo arriba, desde niño discurrió su infancia, vivía Rafael Pérez, valeroso y trabajador; buen hijo y quien tenía el prurito de ser hombre de armas a tomar, y a quien no le arredraban los peligros y las responsabilidades; tal fue que con grado de general revolucionario fue muerto en el combate de los Cerros de Güera, cercanos a la ciudad.

La madre, Carmen Pérez y cuyo valor espartano, exclamó al recibir los restos mortales de su hijo, arrojado como su padre Manuelico Popote. "Hoy no lloro yo, porque mi hijo ha muerto como un valiente; porque ese salió de aquí", —señalando el vientre donde lo había incubado.

Gesto de valor, concepto de resignación y fuerza espiritual que

es justo reconocer, pero lamentable a la vez, porque el motivo no era fecundo al parecer en luchas intestinas entre hermanos, que ya para felicidad de nosotros, es historia pasada y olvidada, y como estímulo para que nunca haya que repetirla en el curso de nuestra vida democrática y cristiana.

FOLKLORE

Siguiendo en mi empeño, que quizá al fin no sea lo fructífero que aspiro al realizarlo, me propongo dar a conocer algunos aspectos del folklore banilejo y sus actividades en tiempos pasados, para que adquieran valencia en los momentos actuales, de renovación intelectual, cultural y política de la juventud dominicana.

Quiero referirme a algunas tonadas, versos, sátiras y desafíos oratorios que se realizaban antiguamente en Baní y que el aura popular a veces recita a los que a pesar de su avanzada edad han traspasado a sus descendientes.

Baní en toda las épocas ha producido hombres que han manejado con facilidad la pluma para escribir versos, artículos periodísticos, décimas y tonadas. No me he dedicado a catalogarlos ni a mencionarlos por sus nombres. Dejo esa tarea a los verdaderos cultores del arte para que sean ellos quienes en su oportunidad lo hagan; ya que nuestras labores y nuestra mentalidad no nos facilita esa importante función.

En este trabajo copio algunos de ellos y me permito catalogarlos, según mi entender, así: Tonadas de amor y de esperanza y función oratoria de sus autores, que al transcribirlas muestran el afecto espiritual y sincero de sus autores.

Lo que aparece a renglón seguido se debe a un joven de familia distinguida, que aficionado a las cuerdas de su mandolina, cantó lo siguiente, refiriéndose a un joven del barrio:

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

"Ya Santos tiene "cachucha",
quiere ser carabinero;
siempre botando basura
y con la pata por el suelo"

Otra: en boca de un labriego que al regreso de la faena agrícola, sobre el lomo del burro en que transportaba al hogar los frutos en sazón de la heredad que cultivaba, bajo la claridad de la luna y suave olor de la floresta, la tonada:

"Que bonita está la luna
y el lucero que la acompaña.
Que deslucido queda un hombre
cuando una mujer lo engaña".

"Enamorado celoso
¿que tanto pasas por aquí?
Tú rompes tus zapatos
y otro gozará de mí".

El Toro pita en la loma
y yo canto en la bajá.
El Toro por su novilla
y yo por mi enamorá.....

Si fueras al Cementerio
a ver los huesos pelados.
Pondrás los de los blancos juntos
y los de los negros a un lado.

Todo negro es cosa fea.
El verlo me causa horror.
Tiene negro su color
y hediondo a chimenea.

SIGFRIDO OBJÍO F.

En tiempos remotos se dedicaban a lanzar en las galleras versos satíricos que denominaban "Ensaladillas", hirientes, hacia damas distinguidas. De esta clase he podido obtener algunas palabras que tienen sabor humorístico:

Una chiva con peineta

Una guinea con chancleta

Y estas otras, retratando dos damitas de la época:

"Y parecen dos pelotas
las dos hijas de Joaquín".

. . . . que por su contextura y pequeñez, le parecieron al cantor dos pelotas.

Va ésta de fina ironía, para distinguir dos personajes homónimos:

"Dicen que fue José María,
¿Cuál de los dos será?
José el del pueblo arriba
o el bizco de Trinidad".

De niño, y sirviendo de espectador en bailes familiares, oía cantar este estribillo de fin de fiesta, y que ahora me imagino un "merengue" o "mangulina".

"Dicen que Lilisito es malo;
Lilisito no es malo ná . . .
Lilisito compone al malo
y al bueno no le hace ná . . .

Parece ser que se referían al General Lilís, que fuera Presidente de la República. Mas, como no tengo la certeza de esta información no hago mas que publicarlo sin hacer afirmación alguna.

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

Grupos de personas se reunían en sitios apropiados. Muchas veces en restaurantes o cantinas para dedicarse a porfía a improvisar versos y cantares. Uno de los principales era al señor Melchor de la Cruz. Se preparaban desafíos verbales e invitaban a un famoso improvisador azuano de apellido Vargas.

Empezaba la lucha oral a primeras horas de la noche y duraba hasta la madrugada; casi siempre sin haber vencidos ni vencedores. Más abajo copiamos una de estas disputas, que un familiar del autor conserva en su poder. Se ha tratado de observar la misma forma de escribir, sin quitar ni poner nada. Dice así:

"Toca la guerra valiente,
Cruje el parcho larga Troya.
Ninguno cante victoria
en estando yo presente".

"En donde está Juan Marcelo
Cuencas y José Tomás;
Que venga Juan de Quezás,
También Agustín Romero;
Venga Eugenio porque quiero
Verlos a todos presentes,
delante de tanta gente
que vienen a oír cantar,
y ya yo voy a empezar,
Toca la guerra valiente.

"Donde está Manuel Castillo
y Regla el afamado;
lo busco en esta cuadrilla
y a Ebaldo con fantasía.
Como no parece ahora
que ya mi talento demora

SIGFRIDO OBJÍO F.

con cierta capacidad,
y ya yo voy a empezar:
Cruje el parcho larga Troya.

A Baltazar con enojo
que canta tan embustero;
Que venga también porque quiero
de tornar facistor
que si tiene de cantor
y que tiene vanagloria
que produce de memoria,
y yo lo he de hacer fallar,
y ya yo vengo a empezar,
Ninguno cante victoria.

He tratado de hacer una descripción de asuntos antiguos; si no es de un resultado halagador, al menos el interés fué dar a conocer valores de cosas, que por viejas, son olvidadas.

27

FONSO LUGO

En la calle Jácuba de la parte Sur de Baní, vivió hace ya largo tiempo, Fonso Lugo. Nada tiene de extraño que un hombre del pueblo, residiera y muriera en su hogar; en cualquier casa de un barrio cualquiera.

Pero, la vida de Fonso tiene algo de extraordinaria, extravagante, de raro y quizá también de sentimental fatalismo. Era Fonso Lugo, descarnado, larguirucho con copioso y poblado bigote y con melena de poeta a la usanza medioeval.

Melena de poeta sí, y aspecto de pensador que encuentra dificultad en hilvanar sus pensamientos e ideas.

Discurría su vida, así, tranquila, llena de penas y miserias, mirando al cielo como si clamara por la llegada de su Angel Salvador, o quizá también para encontrar la trayectoria de la muerte, que imaginaba él, vendría por la comba celeste a ofrecerle el beso redentor. Quizá en su abstracción veía correr el tiempo en su obsesión de pensador sin pensamientos concretos.

Anacoreta, jamás sintió deseos de trabajar, y pasaba sus días sin sentir el peso de las contingencias y contrariedades de la vida.

De espíritu bondadoso, no pensaba en la maldad; recibía las burlas de los majaderos y seguía la senda que le trazó el Destino. Pobre en bienes de fortuna, sufría en silencio y sin alterarse, "su miseria". En eso fué un verdadero filósofo.

Gentes caritativas le obsequiaban de cuando en cuando con ropas pasadas de moda. Y algunas noches salía para distraerse, calado el bombo y su levitón negro. Parecía un espectro que caminaba... caminaba... sin sentido y rumbo cierto por las oscuras calles de su barrio. Sus pisadas no se sentían, y semejaba la figura espectral de un loco que al proyectar su propia sombra se consideraba fuera del mundo de los vivos; la muerte deambulando por las calles solitarias, tranquilas, semioscuras y pedregosas del Baní de otras edades.

Fonso Lugo fué personaje propio para la leyenda: raro, distraído; poeta, loco y pensador decepcionado. Bien merece la estampa de una pluma imaginera y audaz en la hilación de tipos novelescos y pasajes costumbristas.

Fonso descansaba y dormía siempre, fiel e inseparable compañero de su buena madre, sentía entrañable cariño por la autora de sus días; y sufría al ver a la pobre viejecita que luchaba sin descanso para subvenir el sustento. Para la época en que vivió Fonso, la vida no era tan agitada, ni tenía tantas complicaciones. Era así el discurrir en los pueblos. Ambiente tranquilo, mejor clima y seguridad en la existencia.

Fonso Lugo fué un bueno; en su mutismo se encerraba su singular filosofía. Vivía exclusivamente para él. Parecía una visión

de la vida; un resurgir de tipos antiguos que lo convertía en la imagen de un meditabundo soñador. Su filosofía era la tranquilidad. El no ser en sí mismo. Buscaba en la altura y en la tierra, algo que no encontraba. Para qué? Días vendrían que lo aligeraran de esa carga y se fuera para siempre. Así sucedió. Y las gentes piensan que Fonso vivió como quiso.

Estos tipos han desaparecido del tinglado de la vida; y ahora, se recuerdan en Baní, como el producto que se edificó en la tranquilidad dal valle, cabe el alero de rústico bohío.

Una noche, dos jóvenes traviosos, saltaron las tapias del cementerio de Baní y vaciaron en un saco que llevaban, cráneos y fémures de sabe Dios que pobres e infelices difuntos, que encontraron en el osario. Querían materializar una sádica satisfacción y violaron la austera y tétrica soledad del campo santo. La noche oscura les ayudó en su empresa macabra. El viento les hacía dificultosa la respiración; pero querían gozar un placer a costa de perturbar la tranquilidad innata del pensador de la calle Jácuba. Resueltos, se dirigieron al bohío de Fonso y con facilidad desprendieron la aldaba que servía para asegurar la puerta. Con pisadas que apenas se percibían, llegaron a la hamaca donde descansaba Fonso y depositaron los huesos que habían extraído del cementerio. Desposaron a Fonso con la muerte y se alejaron del bohío.

Fonso dormía profundamente. Imaginaba quizá encontrarse en un mundo distinto. Al que él sentía en su afán de soñador. Pero despertó de su sueño y sintió algo extraño junto a él. Sin inmutarse llamó a voces a la buena viejecita y díjole, soñoliento aún.

"Mamá, enciende la luz que en la hamaca hay una cosa que me molesta". La buena y abnegada madre hizo luz en el tembloroso quinqué, y cuál no sería el asombro de Fonso, cuando exclamó: "ay mamá si son canillas de muertos"!

Se levantó seguido y fué a rezar una oración. La osamenta quedó en un rincón, y Fonso con esa inmutabilidad que le caracterizaba miró hacia lo alto, pensó y volvió a la hamaca abstraído con sus pensamientos. Esa fué la vida de Fonso Lugo, allá en su

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

rústico bohío de la calle Jácuba. Tan tranquila y tan distraída que la gente lo miraba con pena y con cariño. Raro hombre que sólo salía de noche y que su empeño era pensar, soñar, sin importarle el porvenir ni la vida! Un filósofo de la tranquilidad desesperante, del no ser.

Un enfermo que veía discurrir la vida como una fatalidad que le impusiera el tiempo y que no se detenía a conjeturar las consecuencias. Para él todo era igual. Ser o no ser. Vivir o morir. ¿Para qué desesperarse? Los ríos bajan de la montaña y mueren en el mar sin sufrir por la distancia que los separa de su lento caminar. Algún día llegarán. Eso pensaba Fonso. Así murió en su hamaca, en el rústico bohío de la calle Jácuba de Baní.

28

MANUELICO 20 Y DIEZ

*A Gregorio O. Guerrero P. (Gollito),
con todo mi afecto*

En el pueblo abajo de Baní, vivía un señor que llamaban por Manuelico Díaz, cuyo nombre ha desaparecido en la vorágine del tiempo y devenir de los días. Quizás sus restos se encuentren sin cruz y sin responso en el viejo cementerio de la actual Capital de la Provincia José Trujillo Valdez, nombre de uno de sus más destacados hijos, cuyas dotes y amor por el terruño donde vió la luz y pasó los placenteros días de la niñez.

El nombre del individuo que sirve de epígrafe a estas notas, se dedicaba a trabajos agrícolas. Realizaba también labores como ajustero o ha destajo.

Nada de particular tendría para el lector tal cosa. Sin embargo, para nuestros propósitos, sí tiene vivencia y validez la referencia de lo acontecido a este buen señor con las cosas antiguas de Baní, que nos hemos propuesto traer a estas páginas, ponderando actua-

ciones y definiciones en el curso de la vida y su permanencia en los cruceros de la historia de esa parte del territorio nacional.

Cuando lo conocimos, encorvado por los años bajo el alero de su destartalado bohío, ubicado en las afueras del pueblo abajo, apartado del bullicio de la ciudad, saturado por el aroma de los árboles que lo ocultaban, y que se llegaba a él por estrechos trillos y veredas.

Todo el mundo lo conocía por el mote de "Veinte y Diez". Y qué importa tal mote dirán los que lean.

Ahí es que está el detalle, como diría más tarde Cantinflas. Ahí es que está el detalle, repetimos nosotros, que en adelante transcribimos.

Pues bien, el hombre cuyo nombre aparece aquí, efectuó un ajuste con el distinguido caballero don Mateo Pimentel Díaz, tronco de estimable y estimada familia, para realizar un trabajo. Todo iba funcionando con sin igual desenvoltura, hasta el día de la entrega del valor convenido.

Nuestro hombre se apersonó al hogar de don Mateo en reclamo del valor a pagar; nada menos que treinta pesos nacionales.

Don Mateo caló los espejuelos, buscó en el bolsillo del chaleco la llave de su escritorio y de un apartamiento extrajo los treinta *clavaos*.

Entregó la moneda y empezó a contar el otro: uno, dos, tres, cuatro, cinco, hasta 20 y al llegar a esta suma empezó de nuevo, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, hasta llegar a 29. Al llegar a esta cifra dijo: 20 y 10! Y como no había contado 30, se encaró a don Mateo, y exclamó: ésto está malo. No hay más que veinte y diez y no 30, en lo que tratamos el trabajo.

Con irónica sonrisa miró don Mateo al obtuso campesino, que aparente o maliciosamente no sabía o no quería saber contar hasta 30. Don Mateo, con franciscana tranquilidad ripostó: 20 y 10 no es igual a 30, como fué tratado el trabajo! Mohino, amoscado y taciturno, el hombre recogió su dinero y abandonó la casa que visitaba.

20 y 10 fué el mote por el cual se conocía en lo adelante y que conseró hasta su muerte en el destartalado bohío del pueblo abajo de Baní.

¿Te das cuenta ahora, querido lector, de la razón de estas páginas? Saboréalas y piensa en el tiempo ya pasado y que como dijo el poeta: ¡"siempre fué mejor"!

29

FELIX BAEZ

Aún cuando en otra oportunidad hemos tratado las características psicológicas de los hombres de EL CAÑAFISTOL, los cuales tienen múltiples facetas, tales como la de negociantes en grado superlativo; crédulos en su mayoría; trabajadores, tienen también una que es peculiar: son decididos amantes del juego. No importa cual clase sea: Dados, Barajas, Dominó y otros.

También dijimos que posiblemente, circulaban por sus venas sangre fenicia, traída por sus antepasados colonizadores españoles, de la raza de Maimonides el filósofo judío-español, y que mantienen en su espíritu los sefarditas españoles.

En estas notas hacemos resaltar la vehemencia de uno de los vividores de "EL CAÑAFISTOL". sobre el juego.

Como es de todos conocido, nuestro país fué ocupado militarmente por tropas de Estados Unidos de Norte América en el año de 1916. Aquí no trataremos la razón o la sinrazón de este acto. Todo ha pasado ya, y somos nuevamente un pueblo libre y único dueño de su destino.

Pues bien, la ocupación se fué extendiendo por todos los pueblos de importancia hasta que llegaron a "BANI".

La curiosidad y el temor cundieron a un mismo tiempo entre los habitantes de la región. Era la comidilla del momento. En "EL CAÑAFISTOL" cundió la alarma, se agruparon todos junto al bohío

de Félix Báez, inquiriendo noticias y pidiendo consejos sobre el particular y el parlanchín Félix Báez, levantó la voz y dijo así:

¿"Son buenos tercios? Si juegan, que vengan ya nos fajaremos".

Estas palabras concuerdan con lo que hemos dicho antes, y ratifican nuestras informaciones, de que son comerciantes, trabajadores; pero, que juegan como los colonizadores del Perú: Al "Sol antes de salir".

TRES ESQUINAS DE LAS CALLES DE BANÍ

Cada ciudad o conglomerado tiene su personal fisonomía, su propia e inigualable manera de ser; relacionada con sus actividades, medios de vida y sus creencias. Sus costumbres, sus tertulias, alegrías y hasta la forma de demostrar sus sentimientos efusivos o su modo al demostrar sus contrariedades.

Y, nosotros, empeñados en traer al plano de actualidad cosas vinculadas con el pasado y que formaron parte de la vida risueña de Baní, queremos escribir hoy, sobre las características de tres de las esquinas más concurridas e importantes. Estas esquinas podrían muy bien llamarse pulmones de Baní. En ellas se reunían personas de todos los matices, de todas las creencias y de todas las actividades. Eran pues, las esquinas más populares de la ciudad que se despereza cada mañana a la salida del sol, con la mirada hacia el este y divisa la columna del "Cucurucho de Peravia". Si en verdad las normas de vida han cambiado un tanto, en razón directa del progreso, no es menos cierto también, que tratar de dibujar en la mente de la generación actual, caricaturas del pasado, es obra de bien social, que importa realizar y mantener. "De la historia se nutre el espíritu". Y, eso es lo que hacemos o tratamos de hacer, nutrir de episodios pasados, la vida de ahora; la que solivianta el espíritu; la que genera fuerzas de voluntad para encararse a los problemas del diario vivir, y encontrar solución satisfactoria para los mismos.

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

Dijo alguien: "sin el cultivo de la historia el espíritu perece". Y en estos trazos nos lanzamos a la vorágine, en busca de la realidad; para añorar el pasado, enlazarlo al presente y no dejarlo que perezca por su ausencia. No importa la agonía del tiempo y las inconmensurables dimensiones del espacio. Espacio y tiempos que nos permitirían, ¡quién lo duda!, fuerzas para nuestras estériles células del pensamiento, y ponerlas a la disposición de las cosas antiguas de Baní.

Quizás estas lucubraciones estén reñidas con el espíritu moderno del periodismo y la reseña, que busca facilidades para la lectura amena y sencilla; pero escribimos para un reducido grupo de lectores, que quizá no existen ya; que se fué hace tiempo del plano social. Más, los que quedan ser obligarán al recuerdo y a la meditación y querrán vivirlo también. Mirarán hacia lo infinito; buscarán con la vista la tierra que tienen bajo sus pies, y pensarán que la vida es eso: afán, lucha, agotamiento, fuerza de pensamiento y mantenimiento de lo que ya es desaparecido. De lo ignoto.

Mucho hace que las tertulias de las tres esquinas famosas de Baní desaparecieron. Por una razón inexplicable, las tres esquinas pertenecían o pertenecen a una misma calle. Sin embargo, los temas en cada una de ellas eran distintos. Las ideas distintas también. Ubicadas en la calle "Restauración" y "Presidente Trujillo", con "Presidente Billini", "Máximo Gómez" y "Victoria". Cada tarde y por la noche se reunían grupos heterogéneos. Desde el más encopetado aristócrata hasta el más humilde trabajador. Los primeros, haciendo alarde de su viejo y rancio ancestro, heredado de nobles infanzones que vinieron del viejo mundo, y los otros, los trabajadores, los que se empeñaban en ser y aprender para vivir mejor y gozar de tanta nobleza y tanto desenfado.

Desde la época del caballero don Juan Blandino, doctor y farmacéutico, se celebraban las reuniones. Los mandaderos de las casas vecinas venían también a oír las conversaciones y estar prestos para alguna diligencia. Entre éstos, los tres más populares eran: Chinchá, Portugués y Ketévere. Tres muchachones que con su cursi

conversación hacían pasar ratos amenos a los austeros y graves contertulios. Esta era una trilogía que todo lo sabía o aparentaba al menos, saberlo. Y sí que contaban en la esquina a los visitantes, junto a la acera de la casa casos e historia! Desfilaban constantemente por ahí la savia de Baní. Lances de amor: RUNRUN de asonadas y revoluciones; matrimonios en perspectivas y ardientes luchas por las candidaturas municipales. Esta esquina o los que en ella se reunían, tenían siempre una, que según ellos, era la mejor para cuidar los intereses comunales. Discusiones literarias, de teatro, de baile, etc. Había entre ellos autores y artistas también! La otra, la del distinguido y popular José A. Miniño, médico, dentista, y farmacéutico a la vez, era sin lugar a dudas el hombre de más prestigio de la región. Y era la esquina más popular también. Políticos, literatos, oradores, generales, aficionados a las artes, galleteros algunos y políticos todos, eran sus componentes. Los obsesionaban las luchas municipales, y sus candidaturas eran, según ellos, la expresión del amor por el progreso o mejoramiento. Salían siempre triunfantes, porque aunaban todas las categorías y todos los sentimientos de progreso y mejoramiento. Esas luchas eran en verdad civilistas y cordiales. Como muestra tenemos aquí una de las candidaturas allá por el año 1900 y tantos: se intitula Candidatura Popular, Regidores: Marino Miniño, Fabio Herrera, Braulio Andújar, Virgilio Pimentel, Arturo Santana; Síndico: Félix A. Martínez, Carlos Pereyra, Melchor Cabra] hijo y Manuel M. Báez. Suplente de Síndico: Luis O. Castillo. Todo un puñado de distinguidos y honorables munícipes.

La última esquina, del pueblo arriba, frecuentada por negociantes, agricultores, buenos catadores todos, que junto a la copa de ron pura caña, que hacía perlas y que prestigió a sus productores y a la común, se hablaba de la cosecha de café, de la lluvia, de la siembra y del trabajo. Esta esquina era la de Mamá Pancha, honorable señora que en ese tiempo se DEFENDIA con una pulpería donde se detallaban andullos, ron y azúcar de los trapiches de Nizao, Virreina, Boca Canasta y El Corbanal. Es la más recordada y la

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

que más duró por la asiduidad de sus parroquianos. Pasaron por ella, muchos de nuestros hombres del campo y la ciudad. Guapos y quisquillosos, honrados y respetuosos desfilaban siempre y se tomaban la mañana, no importa la hora en que pasaran!

Justo es hacer constar que a pesar de las continuas libaciones, imperaba siempre la cordialidad y el respeto. Y las venerables canas de la dueña, jamás fueron mancilladas con la palabra soez o el gesto intempestivo.

Han pasado muchos años. El tiempo sigue su carrera. La vida se complica aún más. Los hombres van tras la ambición del progreso y el bienestar, y sólo queda de todo aquello, las borrosas figuras de las esquinas de antaño. Lo que de la pátina del tiempo subsiste, es el recuerdo de los que aún viven y añoran sus días de juventud. Los que están agarrados a lo poco que les queda de la vida, miran al fondo del pasado, y se asombran con el presente y lo porvenir. La metamorfosis operada, se adivina en el ambiente que camina insistentemente, espoleado por el progreso renovador, que aleja sin embargo la sustancia que nutre la historia. Pero hay que hacerla subsistir. Vivirla en el recuerdo para mantener latente el amor puro por el pasado!

31

¡BANILEJO SIEMBRA HIELO!

Una leyenda; un mote endilgado al morador del valle de Peravia. ¿Verdad? leyenda, infundio o rumor. Es el caso que circula en todas direcciones como viento arremolinado, la expresión: ¡Banilejo siembra hielo!

Otro mote no menos simpático y expresivo, es el de: "El Banilejo come Saona con leche".

A fuer de sinceros, la región banileja fue en tiempos, ya muy lejanos un hato de crianza de ganado de todas las clases, desde el

ovejuno, caballar, caprino, vacuno y porcino. Sus pastos y montes facilitaban la libre crianza en los predios de "Solorín", "Portezuelo", "Virreyña", "Corbanal", "Honduras", "Calabaza", "Arroyo Seco", "Matanzas", "Arroyo Hondo" y otros que no amerita ahora enumerar, y que era la mejor proveedora del sustento para la familia, y las regiones vecinas.

Tal ocurre, con el árbol de la Saona, cuya fruta, agria, insípida, servía de motivo para excursiones juveniles, donde al conjuro del bello panorama, en las faldas de "El Cerro", se tejían candorosos amores, cabe el tronco del árbol indicado, o de la corpulenta Baitoa, cuya almendra es reconocida como la más agradable para el paladar, a pesar de su ínfima pequeñez, que semeja alas de mariposas diseminadas en la tierra, fresca y acojedora siempre.

La flor de la Saona, al ser libada por las abejas, produce la dulce miel, cuyo color y sabor rivaliza quizás con la de Himeto, o con las de las flores del Coralillo en su enredadera de rosado color.

El tiempo en su incansable evolución, ha cambiado la bucólica vida del residente del pedazo de tierra que circundan la Montaña, el Nizao y el Ocoa, pero conserva siempre esa característica que le es peculiar y la mantiene en el espíritu, aún cuando, la brega y la necesidad lo obligan abandonar sus lares, para plantar su tienda de viajero en lugares lejanos, manteniendo en su pecho, el Altar de la fe, y el amor a la heredad y el recuerdo de su acojedor terruño.

¡Banilejo siembra hielo!

¡Catador de Saona con leche! . . . Tu grandeza espiritual, tu férrea voluntad, la virtud de tus mujeres; el afán de mejoramiento, y tu fe en tu propio destino, te han marcado la ruta, y en todos los aspectos del sentido de la vida; has creado, has servido de sostén a un nombre que suena dulcemente en el ambiente, y que reconforta el espíritu, al oír el repicar de las campanas de tu iglesia o frente al Altar de la Virgen de Regla, tu patrona, que al decir de su historia llegó a tus playas, cansada de bogar en el mar de la vida, tostado el cuerpo por el sol abrazador, para buscar refugio en el de-

licioso valle, ser Madre Espiritual; fanal de luz y bondad, de toda esa comunidad que te reverencia y te venera!

¡Tú también sembraste hielo! ¡Tú también saboreaste Saona con leche!, y fijastes la trayectoria de tus feligreses, cubriéndolos con tu sagrado manto, no importa donde los arrastraran los furiosos embates del diario vivir.

¡BENDITA SEAS!

32

EL PERDON DE LA VIRGEN DE REGLA

Hace ya mucho tiempo que sucedió lo que tratamos de relatar en este escrito. Pero posiblemente tenga validez para los fines de recordación de situaciones enmarcadas en pasadas épocas, ocurridas en el Baní viejo, simpático y decidor, cuando la vida era apacible, tranquila y sosegada.

Es posible que ahora, con la rapidez vertiginosa de la vida, que se hace a ratos amarga por las exigencias naturales del progreso que disfruta la humanidad, sean oasis para la espiritualidad, y la resurrección de pasados acontecimientos en el agradable valle banilejo.

Como todo el mundo debe estar enterado, en la República se implantó el servicio militar desde su fundación.

La necesidad de la defensa de nuestros intereses, vidas y costumbres, nos obligó a ser un pueblo en armas. Dragones a pie y a caballo, hacían servicio permanente, haciendo de policías, centinelas y tropas regulares del ejército.

Como es natural, se llamaban a filas a los hombres que estuvieran en la edad correspondiente para estos menesteres.

Para la época que relatamos fue llamado al servicio un bisoño joven de la sección de Fundación de Peravia, cercana a la ahora ciudad de Baní.

Cumplía el joven su obligación en los cuarteles y garitas mi-

litares. ¿Su nombre? No lo recordó nuestro informante, y poco importa, pues no resta veracidad a la cuestión.

Un día, hastiado quizás por la dura vida del cuartel, o quizás añorando la libre vida en su campo cercano; o sintiendo la nostalgia de la doncella que veía pasar cada mañana con el cántaro lleno de agua del río cercano; y del trinar de las aves en el empinado cerro del Cucurucho, bajo la sombra de los árboles, decidió abandonar el camastro, la garita y el fusil de reglamento, desertándose, regresando a sus lares a reducirse al alero de su bohío o rancho con techo de cana y paredes de tejamani.

Poco duró su alegría. Ordenada por el Comandante de Armas de la común, una ronda salió a perseguirlo y fué capturado y trasladado a la ciudad.

Las leyes militares son inflexibles. La necesidad de la disciplina en los ejércitos desnaturaliza el carácter de los hombres en el cumplimiento del deber como depositario de la Bandera y el Terruño.

Fue seleccionado el Consejo de Guerra, que instruyó el proceso. El Código militar sancionaba la falta como grave: ¡Desertor!

La sentencia fue pronunciada. Fusilamiento decía. Esta sentencia que fué aprobada por el General Caminero, que se encontraba en diligencias oficiales y personales en sus predios de Iguana y Sabana Buey.

Fijado el día del fusilamiento, fue llevado el reo a la enramada convertida en iglesia, ya que la original había sido arrasada por un incendio.

La Virgen de Nuestra Señora de Regla, Patrona de la comunidad banileja, radiante de bondad y belleza, estaba colocada en una mesa como altar provisional.

Terminó el responso del Cura encargado de absolver al delincuente y de encomendarlo hacia la región de donde no se regresa sino en espíritu; el acusado, con inusitada violencia, de un salto se abrazó a la Virgen y bañado en lágrimas y gritos desgarradores pedía clemencia. ¡Clemencia!

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

Las autoridades, atónitas ante el cuadro de llantos y lamentos, conmutaron la pena. El reo fué indultado. Tembloroso, desfallecido, lleno de fe y devoción a su patrona regresó a sus labores. Cada año, al empezar las salves de las festividades patronales, el 11 de noviembre, venía el perdonado, cargada el alma de ruegos y cumplidos, a cumplir la promesa de venerar a la virgencita, y a entonar el cántico, "Aunque negra, sois hermosa. pues sois de hechura africana", con lo que comienzan los honores a la Madre y Protectora de la Común de Baní.

Las gentes de la época consideran este acto, como un milagro de nuestra venerada santa. Y, nosotros, creyentes, hemos querido traerlo a estas páginas.

33

MANUEL RAMON ARIAS

Al final de una de las calles más largas de la ciudad de Baní. La antigua "Beller", después bautizada con el nombre del distinguido banilejo Fabio F. Herrera, y después con el nombre de Nuestra Señora de Regla", Patrona y guía de la grey de toda la región, vivía o aún vive Manuel Ramón Arias. Hasta hace poco su edad frizaba en los 98 años, cuando escribíamos estas líneas.

Conocimos a Manuel Ramón, desde niños, cuando nos dirigíamos a la *rigola* "Regla Guerrero", en busca de la frescura del baño en sus aguas que corrían ligeras a refrescar los cultivos de "El Llano" y la "Costa".

Un tipo alto y fuerte, brazos largos, acostumbrados al manejo de sacos de café, trozos de guayacán, barricas conteniendo miel de abejas, etc., que llegaban al embarcadero del Agua de la Estancia, camino del exterior. Por su pericia en esos menesteres, fué siempre trabajador en el tren de transporte por carretas con bueyes de Don

Apolinar Guerrero. Era el hombre de confianza, por su laboriosidad y honradez.

Su hogar humilde, pero limpio estaba ubicado en la calle mencionada arriba con esquina a la "Jacuba", en pleno pueblo abajo, eran sus vecinos Francisco González (Sico), pequeño ganadero que encerraba su ganado en el corral de su vivienda; Rafaela Mañaná, anciana buena y trabajadora veterana y posible fundadora del barrio. Laboriosa, tenía una fábrica de Jarros de lata y un taller de reparaciones de Paraguas y Sombrillas, prendas imprescindibles para las diligencias en días lluviosos, y en las que los tórridos rayos del sol derretían la humanidad de los transeúntes. Es bueno hacer resaltar, que siempre fueron más fuertes los rayos del sol banilejo comparados con el de la Línea Noroeste y el de Azua, que siendo el mismo, era sin embargo más fuerte en esos sitios.

Otro de los moradores del barrio, lo era Tomás de Soto (el célebre Tomás el mochito de los tambores de San Juan), a cuya hermandad pertenecía.

Manuel Ramón, no es o fué un tipo de leyenda. Fué como todos, un hombre más de los residentes en Baní. Sin embargo, trabajador, pacífico y amistoso, formó familia, construyó su bohío y si existe todavía, es símbolo de permanencia en el barrio del pueblo abajo, y representa un roble, que ni las penurias de la vida, ni la agotadora y ruda faena del trabajo lo han podido vencer. Genuino ejemplar de la raza de las que en Baní posaran sus plantas, y que han demostrado su amor al terruño, a sus costumbres, religión y apego a sus laboriosas dedicaciones.

LAS FIESTAS DE SAN JUAN

Las cosas del terruño; de la "Tierra Chica" nos son siempre amables y evocadoras, cuando en alas del recuerdo vienen a nues-

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

tra mente a través de la distancia y de la ausencia, valladares que pone el tiempo entre el devenir de la vida.

Nunca se añora y ansía más la vuelta al hogar, donde se discurrió la infancia, como cuando se acercan las fechas que, refrescando nuestra memoria, nos presentan las imágenes de recuerdos vividos cuando aún no habíamos sentido el amargor de la vida con su desesperante realidad y su secuela de gratas e inolvidables sensaciones!

Cada esquina, cada encrucijada de las calles y caminos de nuestro pueblo, se presentan a nuestra vista haciéndonos muecas dolorosas, que nos ponen a pensar en lo frágil de nuestra existencia y el cariño por las cosas idas y confundidas en la vorágine del tiempo.

Recordar es soñar. Y en nuestra impotencia, deseamos, hacer volver hacia otros días el matemático girar del reloj del tiempo, sin poder obtener lo que por ley evolutiva de la naturaleza, es imposible.

Vano empeño. Fuerza es conformarnos con la añoranza de cosas pasadas, y vivir bajo el letargo de los recuerdos, que en la lejanía, dibujan nuestras ansias de poetas irresolutos y frustrados!

En la villa que otrora fuera la "Arcadía", que cantaran los poetas en sus églogas existe la tradición religiosa de las fiestas de San Juas Bautista. Aquel que anunció la llegada del Salvador de la Humanidad, y que purificara en las aguas del Jordán, a los propagadores de la nueva fe, orientadora del amor y el cariño entre la dolida humanidad, y cuya cabeza fuera ofrecida en holocausto a los extraviados deseos de una mujer.

Cuentan las crónicas, que la imagen de San Juan Bautista, vino del oeste como el signo de redención de los que escapaban a la esclavitud y al encono de los poderosos de otros tiempos. . . Propiedad particular, jamás fué el noble santo, morador permanente de la casa de los devotos de la religión cristiana. En la celebración de su día, es trasladado, muy de mañana, desde la casa de su propiedad, —hogar de sus adoradores—, a la iglesia del pue-

blo. Y si seguimos creyendo en los cánticos, ese día San Juan no se da cuenta, por estar dormido, de lo que ocurre en su presencia.

El son de los tambores y el repique de las campanas, anunciaban a la aún dormida ciudad, la procesión de San Juan Bautista, camino de la iglesia. Los propietarios del santo, celebraban sus fiestas con el producto del alquiler de su casa, sita en la parte alta de la ciudad, que ese día está más blanca y más limpia que las almas de los que le ofrecen sus rezos y alabanzas. Esas fiestas son interesantes y divertidas. Tienen todo el aspecto y sabor de una liturgia africana. La "Sarandunga", baile popular que se celebra, produce entre las parejas, contorsiones increíbles, y el olor a ron, sudor y tabaco, crea un ambiente que sólo la fanática religiosidad de los Hermanos puede soportar.

La vinculación de San Juan al agua, es tal, que además de su bautizo por la madrugada en el río vecino, el día, —casi siempre— se presenta lluvioso, por lo que las corridas de "Macutos", en la verde sabana, está salpicada por el purificador rocío del agua.

Esas corridas, donde la sabana hermosa tiembla bajo los cascos de los nobles brutos, son la culminación de las fiestas de San Juan; y el pueblo acude presuroso para aplaudir al mejor jinete de la comarca y regresar con el presente de un multicolor "macuto" lleno de dulces, que manos femeninas y devotas se encargaron de preparar.

Al son de los atabales, cuando el sol oculta su disco tras el cerro vecino, termina la fiesta y también el sueño del santo, que olvidó la celebración de su día, para dar con ello más pureza de fe a sus creyentes. Como cosa singular, es el único santo, la única cofradía de mi pueblo, que es independiente, y aunque conserva buenas relaciones con la iglesia, jamás ha permitido que su imagen sea guardada por otros que no sean sus herederos tradicionales.

Las fiestas de San Juan, no se si aún perduran en la parte alta de Baní, y si el ruido de los atabales despierta cada mañana del

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

24 de junio a los intranquilos y soñolientos moradores del valle que baña el Güera.

La tradición cuenta que San Juan vino del oeste, y que sus dueños —de la raza de color—, mantienen y justifican su propiedad, a través del tiempo, como una reliquia de amor de sus sufridos antepasados.

Al recordar las fiestas de San Juan, nos contrita el alma la lejanía y la vertiginosa carrera de nuestra juventud, que se desliza en un perenne anhelo por volver como los otros, a la tierra prometida.

¡Oh tardes de San Juan! Cuando temblaba la verde sabana bajo el peso de los cascos de los nobles brutos, que se desbocaban en pos de la meta, para que sus jinetes llevaran a su amada, el presente conquistado en la lucha, bajo la advocación del sublime Santo que anunció la llegada del Mesías. . .

"Si San Juan supiera cuando era su día. . ." reza la copla pueblerina.

35

JUAN CABALLERO

Un distinguido banilejo de allende la cumbre, decía en fraternal camaradería, la razón por la cual, en las "Cosas Antiguas de Baní", no hablabamos de don Juan Caballero, el español, que viniendo de Haití hace ya muchos años, indicó a los banilejos el arte de cambiar el curso de los ríos y enviar sus aguas a los terrenos laterales con las *rigolas* que han hecho a los banilejos ingenieros empíricos pero efectivos.

Si en verdad, el tema había sido tratado en diferentes aspectos, consideramos dedicar a este buen señor algunos renglones, para justificar su laborioso intento, que seguidos por el pertinaz empeño de don Marco A. Cabral, y realizados y ejecutados muchos años después por el Benefactor de la Patria, Generalísimo Doctor

Rafael Leonidas Trujillo Molina, desde su posición cimera de Conductor del pueblo dominicano.

El empeño de don Juan Caballero, fué ejecutado en los terrenos aledaños a La Gina, y los resultados perduran, gracias a los conocimientos adquiridos por las nuevas generaciones, y el arte mágico de los números y cálculos de la ingeniería moderna.

Juan Caballero fué perpetuado en el pensamiento banilejo, designando con su nombre una de las calles de Baní, a iniciativa, —si la memoria no nos engaña—, del munícipe don Mateo Pimentel Díaz, fallecido hace muchos años.

La idea de Caballero, en esos tiempos, fué despertando interés entre los agricultores banilejos, que en cooperativas bien organizadas, construyeron las rigolas de "Regla", "Los Pimenteles", "Jimenista", "La Trozona", la de "El Llano", "La Tusa", y otras que sería prolijo enumerar.

El arte de sangrar los ríos fué oficio productivo para el banilejo: las rigolas de Ocoa, Cencerro y otras, así lo demuestran.

No sólo en Baní, sino también en otras regiones del país, donde fracasaban los cálculos, el banilejo, con esa visión extraordinaria, realizaba el "milagro del agua y de los panes" que menciona el Canto Bíblico.

A pesar de estar perpetuado el nombre de Juan Caballero en una calle de Baní, ¿no sería factible, en esta hora de reconocimientos y de reparación histórica de nuestros grandes, que sea bautizado con el nombre del impulsador del riego del Valle Banilejo, el lugar de La Gina, donde realizó su práctica salvadora para toda la comunidad banileja, el gallardo luchador? Que, ávido de aventuras, abandonó su patria, España, para poner sus servicios a los moradores de Baní, sus ahora antiguos conciudadanos.

BALBINA GUZMAN

Otro tipo popular que aflora a nuestra imaginación, de tiempos pasados, y que al traerlo al plano actual, satisface el empeño que hemos demostrado de aquilatar valores que fueron y a los del presente. La gama de tipos y personajes del Baní de antes, constituyen la característica y fisonomía del Baní de ahora y de toda la vida.

Balbina Guzmán, de la raza de color, formó parte del conglomerado banilejo. Era un ejemplar autóctono del pueblo. Humilde, trabajadora, parlanchina y complaciente, se granjeó el afecto de la barriada del pueblo abajo y del centro de la ciudad. Esas deferencias hacia Balbina, es un mentís a la leyenda del repudio de los banilejos a los que vinieron al mundo con la tez oscura pero con el alma alba y perfumada, para la concordia y la amistad de todos los residentes del otrora Valle de Peravia.

Lavandera y planchadora, trabajaba a todas las familias del centro de la ciudad. ¿Su especialidad? Ropas íntimas de damas distinguidas y acomodadas. Cada mañana visitaba su clientela y con su promontorio de ropa blanca en su cabeza hirsuta, que hacía contraste con su color, servía de marco a la blancura de sus dientes que relucían en su eterna sonrisa sana y expresiva.

Bailadora a carta cabal, en las fiestas del Bautista se veía, con su lío sobre la testa y recogida la falda del *camisón*, en chancletas, ejecutaba elegante los pasos de la Sarandunga, el ritmo de los tambores de San Juan Bautista, dejando asombrados a los espectadores con su flexibilidad y donosura con la que ejecutaba los compases de la orquesta sarandunguera.

Todavía recuerda la grey banileja las celebraciones en su casa, al final de la calle denominada "Beller", después Fabio F. Herrera, y en la actualidad Nuestra Señora de Regla, en honor a la madre espiritual de la comunidad banileja, las rumbosas velaciones o *No-*

ches de Vela que celebraba en su casa, al terminar de la calle mencionada, casi a la entrada del Camino de Las Cabritas.

Muchedumbres de todos los sexos y clases acudían a la celebración de las fiestas de la Santísima Cruz, que danzaban toda la noche hasta el amanecer, en los nueve días dedicados a las celebraciones.

Cantos, psalmos religiosos, cirios en el altar adornado con guirnaldas de papeles de colores. Dulces, empanadas de catibía y ron, no podían faltar. Era el complemento y la sal que hacía permanecer en el lugar a los forasteros visitantes, procedentes de todas las latitudes de la ciudad y campos cercanos.

Los que gozaban de esas veladas, las recuerdan con satisfacción.

No sabemos si al morir Balbina la costumbre ha sido eliminada. Quizá sus descendientes conservan las tradiciones y los banilejos disfrutaban de las delicias de las noches de vela.

Balbina debió ser miembro de la familia que trabajara para beneficio de algún Guzmán, señor de hatos y tierras de cultivo, o quizá trofeo de conquistas de los antiguos poderosos del lugar. Puede ser también el símbolo de la libertad de su raza y del disfrute de todos los derechos del ser humano.

Lo que fuere no importa. Fué miembro de la familia banileja, y el aire, la luz del sol y la fertilidad de la tierra, le dieron abrigo y plenitud de esperanza.

De joven procreó familia y quedan descendientes, que mantienen el vigor y el empeño de sus antepasados para el engrandecimiento del pedazo de tierra que los vió nacer.

Nosotros, lejos de esa región donde discurrió la infancia, queremos ofrendar este recuerdo a las cosas pasadas de nuestro pueblo, y las trasladamos aquí como una contribución a las costumbres, tipos y maneras de otros tiempos, que en la actualidad tienen el valor de los días que ya se fueron en el rápido rodar del tiempo.

REGLA MALENO

En la creencia de que hacemos labor provechosa, divulgando al público cosas y casos de sabor histórico, y a la vez de ambiente regional, traemos hoy a estas páginas la leyenda del hombre de las piernas y los pies extraordinarios.

Caminante sin cansancio por todas direcciones, vivió en Baní, hasta hace algunos años, el señor Regla Bernabel (a) Regla Maleno, cuyos viajes de ida y vuelta a Santo Domingo, hoy Ciudad Trujillo, fueron en el pasado y también en el presente, motivo de diversos comentarios elogiosos.

No es extraño oír de labios de cualquiera persona, al referirse a largas y rápidas caminatas realizadas por alguien esta expresión: "Camina más que Regla Maleno". Este buen señor agricultor de profesión, era en su juventud y todavía entrado en años, el expreso de la Ciudad, por su seriedad, puntualidad, su resistencia y completo dominio de veredas y caminos regionales. Esa capacidad de resistencia fué puesta a prueba en incontables oportunidades, y de todas salió airoso en la empresa, y cumplida a cabalidad su misión.

En la época de malestar político, a causa de desavenencias partidarista, —desaparecidas en buena hora,— Regla Maleno era utilizado para llevar pliegos con la información correspondiente, sobre el estado de la región y el movimiento de los descontentos. Asimismo, en caso de enfermedad de algún personaje en la Ciudad, eran requeridos sus servicios para trasladarse a la Capital, a fin de que visitara al médico que le fuera señalado por el facultativo que atendía al enfermo y regresar de inmediato con la medicina indicada. Nunca falló su encargo. Fué siempre exacto, motivos por los cuales se granjeó la simpatía popular.

Cobraba algunas veces por sus servicios. Los más lo hacía por amistad, agradecimiento y por su acendrada predilección por

los caminos. Era, sin temor a dudas, un empecinado viajante a quien le atraían las distancias, los *vericuetos*, el cruce de los ríos y el *chapoteo* por la vereda llena de agua y de peligrosos guijarros. Casi nunca llevaba *alforja*. Viajaba de *escotero*, desafiando sol, lluvia y la terrible obscuridad de los montes. Tabaco de andullo bien picado, oreado y guardado después en una vejiga de cerdo conservada exprofeso, era lo suficiente.

Creyente y religioso, miembro de seguro de la hermandad de San Juan Bautista, llevaba en sus viajes unos amuletos con una oración de dicho santo, que usaba atadas en ambas piernas, para que lo librara de maleficios y le diera impulso y velocidad en los caminos. Estos amuletos, —según él—, tenían la virtud de evitar el cansancio y la fatiga, siempre que se tuviera la precaución de deshacerse de ellos al cruzar un río, para que no perdieran su mágico poder salvador, volviendo a colocárselos al llegar a la otra orilla.

Cuentan las crónicas que un día, allá por el año de mil novecientos, enfermó de gravedad un distinguido miembro de la sociedad. El médico que atendía al enfermo, temeroso de un desenlace fatal, resolvió consultar por carta al eminente facultativo doctor Ramón Báez, más tarde Presidente de la República, en la Capital. Se reunieron con el médico, familiares y amigos del enfermo, y decidieron el envío de un mensajero a Santo Domingo. Inmediatamente fué requerido Regla Maleno, quien no tardó en presentarse. Le fué explicado del caso, donde podría localizar al doctor Báez en llegando a la capital y su regreso con la medicina que le fuera recetada. El sitio señalado fué el aristocrático Club Unión, donde el distinguido galeno era asiduo, en tertulia con sus amigos y allegados.

Alguien ofreció a Regla Maleno un brioso y resistente caballo para que realizara la travesía. Más, éste declinó la oferta, arguyendo que sus piernas eran más veloces que las patas del caballo. Que él podría acortar los caminos cuantas veces fuere menester, saltando sobre y cualquiera otro obstáculo que se le presentara.

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

Se dispuso la salida para las dos de la tarde, le fué entregada la carta-consulta, y el hombre de los pies veloces emprendió viaje rumbo a la Capital.

Llegó a la ciudad, e inmediatamente se dirigió al Club Unión. Saludó al doctor y entregó la carta. Esperó la respuesta y la receta que escribió el eminente galeno. Se hizo preparar la medicina en una farmacia cercana y emprendió nuevamente el regreso. Al clarear el siguiente día, Regla Maleno entraba a casa del enfermo en Baní, depositando su tan esperada carga.

La medicina fué administrada al paciente, notándose su eficacia por el gradual restablecimiento del enfermo. Regla Maleno se encaminó hacia su casa en la parte noroeste de la ciudad, satisfecho de su hazaña; contento por haber realizado obra digna de mérito y saturado su espíritu de ese soplo de amistad y confraternidad que era en él una peculiaridad.

Regla murió hace tiempo, pero sus largas caminatas perduran en la imaginación de los banilejos que lo conocieron. Y se mantiene en todo vigor aquello de que: "Camina más que Regla Maleno". Este era el hombre que devoraba distancias, saltaba peñascos, vadeaba ríos, cumpliendo la misión encomendada, valiéndose en todo momento de sus amuletos con la oración de San Juan Bautista y las fuerzas de sus piernas, capaces, —¡quién lo duda!— de realizar lo irrealizable.

¡Ese era el hombre de las piernas veloces! ¡Se llamó en vida Regla Maleno! ¡Un macho para los caminos! ¡Un roble que jamás aleteó en las veredas! Que no temió ni a la obscuridad ni a la fuerza arrolladora de las corrientes de los ríos... El hombre que al ser preguntado adónde iba, respondía: "Allí, a la Capital, vuelvo ahorita..."

COMO LA CORRIENTE DE GUASUMA

Por la parte Oeste de Baní, corre en épocas de fuertes lluvias, un arroyo con el nombre de Guasuma.

Nada de particular que un arroyo corra en ciertas oportunidades, ni que su curso esté ubicado al Oeste de una ciudad.

Sin embargo, para los que han nacido en el pintoresco Valle del Güera, Peravia o Baní, como quieran o suelen llamarlo, sí tiene importancia y es un cofre de recuerdos y añoranzas de otras edades.

Las laderas del arroyo, fueron siempre la meta de los muchachos en sus correrías por los campos aledaños, en la captura de la Barranquera que fabricaba sus nidos oradando la barroza pendiente para fabricar su nido de amor la simpática avecilla.

Guasuma tiene relación con los moradores de Baní. Su corriente escasa y momentánea creó un símil entre él y los hombres que lo cruzan o cruzaban en tiempos remotos.

El banilejo fué siempre, y lo sigue siendo ahora, complaciente, conversador y decididamente ameno con sus visitantes y transeúntes que visitaban su ciudad. En Baní, el ser forastero es carta de seguridad y tonel de distinciones y agasajos. Por eso, es raro cuando un viajero abandona el valle, no se dedique a enaltecer a los que le colmaron de atenciones.

Pero, el banilejo, observador y sagaz, se da cuenta de la falta de sinceridad de algunos, o su renuencia en volver; se torna pensativo, caviloso y desconfiado, y exclama: Ese es como la corriente del Guasuma, rara, efímera y pasajera.

Ahora se enterará el lector la razón de estas líneas, y quedará gravado en su memoria el dicho: Es raro como la corriente del arroyo Guasuma.

UN CABO DE AÑO EN EL LIMONAL

Por el alma del difunto todos debemos rogar... Y el palo mayor lleva el ritmo, el *alcabuete* hace de segundo...

Al cabo de un año se efectúa la apoteosis con motivo del fallecimiento de un bueno del lugar.

El Limonal es una sección de la montaña, jurisdicción de Baní, donde florece el cafeto y reina la tranquilidad entre todos los vecinos.

Al año del viaje sin retorno, se celebran los funerales, con una fiesta de atabales. El palo mayor lleva el ritmo... Y el rezo de los dolientes se une a los estruendos del tambor que retumba en la hondonada!

De acuerdo con las posibilidades económicas y personalidad del difunto, se celebran los ritos. Retumbando en la montaña, sus vividores oyen el eco del palo mayor y elevan llenos de unción la plegaria de rigor; por el alma del difunto todos debemos rogar...

El 15 de julio, hará un año del fallecimiento de Juan Vizcaino, la familia y la comarca lo recuerdan con dolor. Era tan bueno y *servidor!* —exclaman todos—. La sierra se entristece, y sus vividores sienten la nostalgia de esa ausencia tan larga y definitiva.

La oración está a "flor de labios", y del alma sale pura y perfumada la plegaria que rezan todos a coro: "por el alma del difunto..."

La casa y la enramada están limpias. El añojo, el lechón y el café se están preparando en abundancia. Es la última demostración de afecto hacia Juan, que murió inesperadamente. El pilón siente los golpes de la mano de guayacán triturando el oloroso café para obsequio de los visitantes. Los familiares fueron a la ciudad por ron y cigarrillos para obsequiar a los que vayan a cumplir con el amigo. La montaña siente el eco de la oración y el palo mayor retumba en la hondonada.

El chisporroteo de los cirios, producto de los afanes de las abejas del colmenar, son la señal del duelo. Primero: los gritos y lamentos; después el silencio como si viniera de lejos, de ultratumba, que es turbado solamente por la apagada voz de la vieja rezadora que dice: "Padre nuestro que estás en los cielos".

En el patio, en la enramada, en la sala de la limpia casita, la plática se desarrollaba con el tema sobre la vida del difunto. Grupos distintos, heterogéneos, abigarrados, hablan el lenguaje campesino. Los amigos de otros lugares se han reunido para recordar y conversar. La próxima cosecha; la cría del gallo de pelea. La tumba y habite y la futura siembra en primavera.

En la cocina y sus aldaños hierve el añojo en enormes pailas, ofrecido como un recuerdo de las luchas de Juan por aumentar sus *teneres*.

Las mujeres ya empleadas se ocupaban de la sazón y preparación de la comida. Las mozas del valle y la montaña fueron vestidas de luto; pero en sus rostros se adivinan deseos de eterna juventud y vida. Los hombres les hacen la rueda ofreciéndoles el sudor de su frente traducido en las flores del cafeto y el rojo de su fruto maduro, que incitan al amor y a la vida. Tabaco, ron y café es distribuido a profusión. Por instantes el silencio de los rezos se turba, y el palo mayor resuena en la montaña y la hondonada!

Las voces de la rezadora y dolientes repiten esta letanía: "por el alma del difunto todos debemos rogar; Dios la saque de penas y la lleve a descansar"... El palo mayor lleva el ritmo, y el *alcahuete* sirve de acompañamiento.

La montaña y la hondonada transmiten el eco que retumba... mientras los cirios alumbran los rostros graves y soñolientos de los familiares del difunto.

Ya está servida la comida, y en tanto que la noche es fresca y clara en la montaña; la luna se oculta tras el cerro vecino; el canto de la corriente del río se oye a lo lejos, las luciérnagas cruzan en el monte, y el cuerpo del bueno descansa en el cementerio del lugar. Retumba el palo mayor. El gallo canta en la madrugada; el

becerro muje en el *chiquero*, y el silencio se rompe con la oración: "por el alma del difunto". . .

Tabaco, ron y café se siguen ofreciendo. La moza pone atención a los requiebros del galán, que insistentemente le ofrece la montaña a cambio de su amor.

La próxima cosecha, el potro alazán, la cría de pollos de fina raza, para la jugada de las pascuas de navidad en la gallera de la ciudad; los negocios con el compadre y prestamista; las fiebres del paludismo o los *dolores de reuma*, son el tema obligado entre los mayores, que tiene el bigote canoso y casi castaño por el uso continuo del cachimbo!

El palo mayor retumba siempre; está ronco de resonar en la hondonada!

El sudor del músico es copioso y a veces parece que el *pellejo* del tambor llora también la muerte de Juan Vizcaíno!

Viene la mañana, fresca y agradable como todas las de la montaña. Las manos del tamborero están adoloridas y la hondonada repite la oración: "por el alma del difunto todos debemos rogar". . . El palo mayor lleva el ritmo.

Los funerales han terminado, y el cuerpo de Juan Vizcaíno reposa tranquilamente en el cementerio del lugar, cuya fosa está cubierta con piedras blanqueadas con cal, y donde florecen arbustos silvestres, cuya simiente arrojó el viento como una oración por el alma del difunto. El palo mayor lleva el ritmo y su eco retumba en la hondonada! . . .

Silencio profundo; un Padre Nuestro y termina el Cabo de Año en el caserío de El Limonal; por el eterno descanso del alma de Juan Vizcaíno, quien por su laboriosidad y su honradez fué un bueno del lugar.

OCTAVIO ROJAS

Hace casi medio siglo llegó a Baní, de sus lares de Azua de Compostela, el hombre que sirve de epígrafe a estas líneas.

A simple vista, no tiene importancia la llegada de un turista o un buscador de mejores oportunidades para solucionar el problema del diario vivir.

Sin embargo, en el caso presente sí tiene vivencia el relatar la odisea de su peregrinar y asentamiento en la ciudad que vió nacer a Máximo Gómez, Manuel de Regla y Canela Mota, y otros tantos que en el devenir del tiempo, han dejado constancia del importante pedazo de tierra, del sol que calentó sus cuerpos y de la belleza extrema de su azulado mar y la limpidez de su pedazo de cielo, siempre azul.

Octavio Rojas, orfebre, músico, y cantor religioso, plantó su tienda y sigue viviendo su vida. Formó familia, fué Sacristán de la Iglesia de Nuestra Señora de Regla; tocaba el armonio y entonaba psalmos y misereres en algún entierro, cantaba villancicos en las fiestas patronales y en las alegres y frescas noches pascuales.

Como músico, formaba parte de orquestas bailables y de la Banda Municipal. Tocaba clarinete. Desposeído de los dientes naturales, se desprendía los que un día le fabricara un dentista ya olvidado, los guardaba en el bolsillo y afinaba su instrumento. Los *buches* que formaba al entonar las notas, parecían globos inflados, y sus arterias bucales se inflamaban... la nota salía, fuerte, dulce y alegre, porque tocaba con sentimiento espiritual.

Octavio vive aún, si es que el efecto de los años y las imperiosas realidades de la vida, es verdaderamente vivir.

Deambula por las calles, tardo y dificultoso el caminar, por sus endurecidos miembros y por sus defectos congénitos. A veces la caridad tiende su mano, con el ya indefenso ser, otras, jadeante

se sienta al piano del restaurante de Cintrón y modula piezas musicales, que los parroquianos aplauden y le complacen con tragos de licor. Cuando sus descarnadas manos chocan las teclas del viejo piano, parecía que pusiera el alma para sacar la nota delicada de piezas que aprendiera en los años de juventud y de alegría.

Octavio Rojas vive y no sé si sería cuerdo afirmar que deambula, sueña, oye el repicar de las campanas, que él, con sentido religioso, hacía vibrar en otros tiempos.

EL ALTO DE LA CANDELARIA

En la parte Oeste de Baní, entre la calle "16 de Agosto", al Sur, y la prolongación de la "Máximo Gómez", hasta adentrarse en la Carretera Sánchez que cruza toda la región del Sur de la República para concluir en la Fortaleza de Elías Piña, y que sirve de línea divisoria entre los vecinos del Oeste y nuestro país, existe una pequeña meseta que termina en las faldas del vetusto y áspero promontorio de El Cerro, cuya mole y lomo se divisan al llegar a la ciudad de Baní, procedente del Este. El Cerro y el Cucurucho de Peravia, denominado así por su cómica estructura, son atalayas y guardianes de la llanura donde está enclavada la ciudad de Baní, capital de la floreciente provincia José Trujillo Valdez.

Alguien preguntará, y ¿qué tiene de nuevo el Alto de la Candelaria? Sencillamente, un pedazo de Baní, que rezuma grandeza y recuerdos a los viejos vecinos del pueblo y la sabana.

Desde su retiro de su pequeño y blanco bohío, José Villalona, desgrana su ternura de orate tranquilo y los reflejos del espejo que colgaba frente a la ventana, transportaban los lampos de luz al chocar con los rayos del sol, en las mañanas claras y frescas de Baní.

La brisa, movía el espejo, y hacía el juego de luces, y enviaba en cada emisión el mensaje de luz que faltaba al sibarita, que en

la soledad, clamaba por luz cerebral y saborear el clima de comprensión de lo que él no comprendía en su extravío mental.

¿Quién era José Villalona? Pues bien: un joven de familia honesta y trabajadora. Bien parecido, locuaz, decidor y enamorado de sus cabellos negros y sus mostachos retorcidos, que le daban un aspecto de caballero de otros tiempos, dispuesto siempre a la cita de amor y al intercambio de frases galantes y cordiales.

El alto de La Candelaria, antiguamente basurero de la ciudad. Sitio para asar pepitas de anacardos o cajuales en *fogones* improvisados y latas agujereadas, para que resultara más rápida la acción del fuego en la cremación de las semillas.

Era también, bajo bayahondas y baitoas, cuya sabrosa almendra que semejan alas de mariposas esparcidas en el suelo, sitio y sesteo del ganado que vagaba a sus anchas por las vereda que serpenteaban el lugar.

¿Quién no recuerda, pasados los años, y cuando la vida se acentúa en nosotros, esos tiempos de la niñez traviesa y juguetona, ávida de emociones y de andanzas?

Es lo que hemos tratado de hacer aquí. Mirar hacia el pasado. Recordar y comparar cambios operados con el devenir de los días y la diferencia entre entonces y ahora!

Serenos y confiados nos nutrimos de recuerdos, y, en un empeño porque perdure en nuestro espíritu el rumor de los mismos que nos conforta y nos auna en la recia lucha del hombre por mantener lo presente de la vida y aspirar mejores días en lo porvenir.

¿Distintos, verdad, los ambientes actuales a los que el tiempo cubrió con su manto? Sin embargo, como eso es precisamente la razón de ser y la ambición de los mortales, hemos trazado estas líneas y hemos tratado de dibujar en nuestras retinas, lo que ya no existe, pero que fué placer y satisfacción, cuando aún no pensábamos, ni discurríamos, sobre la realidad de la vida, ni en sus múltiples y variadas complicaciones.

Sin embargo, El Alto de la Candelaria. El Cerro y el ambien-

te siguen perennes en su sitio y el hombre se dispersa, se diluye, y se pierde en la inmensa comba de lo infinito.

El hombre fué, pero ya no es. Se convirtió en polvo y volvió al aire, a la tierra y al ambiente.

¿QUIEN MATO AL GRAL. ANTONIO CASTILLO?

En el siglo pasado, ocurrió en Baní, un suceso que dejó carie-
acontecidos a todos sus moradores. Una tarde, cuya fecha no está
anotada aquí, pero que por eso no es menos cierto lo que se relata.

Para esa fecha soplaban en el agradable valle, "vientos de
fronda". Se gestaba un movimiento armado, contra el Gobierno, cuyo
cabecilla era el General Antonio Castillo.

Gobernaba entonces el Gral. Ulises Heureaux, y hay que supo-
ner, la audacia y valor de que disponía el General Lilís, para desem-
barazarse de sus opositores. Los hechos anteriores y posteriores así
lo confirman.

El General Antonio Castillo era hombre valiente y decidido,
tenía prestigio ilimitado entre sus compañeros de armas y amigos
en toda la región. Era como se decía entonces: un "Verdadero
Macho".

De su regreso de El Maniel, población que había pronunciado
en favor del movimiento que encabezaba, emergió en la ciudad, ji-
nete de brioso caballo por las calles de su pueblo, preparando a sus
correligionarios para hacer en Baní, lo que había hecho en San José
de Ocoa.

Es bueno y valedero hacer constar, que en interés de demos-
trar el motivo que nos guía, que el Gral. Alejandro Wos y Gil, alto
funcionario del Gobierno de Lilís, surgió como por encanto en el
tranquilo pueblo ubicado a orillas del Güera.

Grupos heterogéneos, se apiñaban en las principales esquinas

de la Ciudad, y en los paseos del parque Marco A. Cabral, aún sin terminar.

Hablaban de todo, y principalmente del movimiento en ciernes.

El Gral. Castillo seguía sobre el lomo de su brioso equino en sus paseos triunfales por las calles. Saludaba a cada grupo, levantando su sombrero, y dando vivas al movimiento que acaudillaba. En una de esas correrías, se plantó en la cuadra de la calle Pte. Billini, e *incó* la espuela al bruto que montaba y se introdujo, con bestia y cuerpo, por una puerta de la morada de Don David Medrano. El y su montura quedaron mitad dentro y mitad fuera. Lo que pasó después, es lo que interesa señalar. De un grupo apostado enfrente, salió un disparo, que alcanzó fatalmente en la nuca al fornido General, desplomándose vencido ahí mismo.

La revolución quedó vencida en ese sitio de un solo disparo. Su propagador había muerto en el acto. Ahora bien, lo que interesa es saber ¿quién mató al General Castillo?

En el grupo aludido se encontraban entre otros don Pancho Cabral y Alejandrito, en la esquina, más distante Silvino Billini y otros.

Los comentarios surgieron en torno del suceso, los había de todos los calibres. Algunos preguntaban ¿quién sería el autor? Y, uno de asombrosa agilidad mental, y de inteligencia reconocida, hizo la siguiente pregunta: ¿Cuántos disparos sonaron, otro, observador, y que había o creía saber con exactitud todos los detalles, respondió: ¡uno solo!

Pero cabe preguntar: ¿Quién mató al Gral. Castillo?

El de la pregunta, con su reconocida y ya afirmada agilidad mental, exclamó: ¡un solo disparo! ¡uno solo! ¡Pues lo mató Alejandrito!

También es bueno consignar que Don Alejandro era un experto tirador que hacía blanco a distancias, y que precisamente estaba armado de un revólver.

¿A quien interesaba la desaparición del General? Al Gobierno

BANÍ, COSAS ANTIGUAS

de entonces, verdad? ¿y qué hacía en Baní, el alto funcionario del Gobierno en esa fecha?

Esa es la interrogante que queda abierta, para que sea cerrada por los historiadores, que viven tras los hilos de nuestra pródiga vida histórica, y principalmente, la del conglomerado banilejo interesado de entonces.

Surja en esta hora de reparaciones históricas la verdad de lo ocurrido.

¿Una vez más dejamos abierta esta interrogante?

¿Quién mató al Gral. Antonio Castillo?

INDICE

	Págs.
Dedicatoria	3
Agradecimiento	5
Advertencia	6
Preámbulo, por Miguel Angel Monclús	7
Prefacio, por J. Marino Inchaustegui	9
Nota preliminar	12
Villa Majega	13
Ran - Pu - Yi	16
La negativa de don Hipólito Billini	18
Juana Hernández Albino (Mañica)	19
La Pava de don Domingo	21
Wally el Cocolo	23
Calle La Dificultad	24
Zenón Ovando	26
El almanaque equivocado	28
Pancho Angustia y Chingo Báez	29
El cuento de la Mona	30
Un cuento de Lilis	32
Calabaza y Gallón	34
Zacarias Arias	36
El lape de Fele	38
Eugenio Suero	40
Los palos del Espíritu Santo	42
El Rapto de las hijas de Vale Justo	43
Como los cerdos de Honduras	45
Cosas del pasado banilejo	47
Viaje a Bani del Libertador Máximo Gómez	49
El milagro de la leche	51
Rumbo Sur y Este	52
El machete de Pepe	54
Pueblo Arriba	56
Folklore	58
Fonso Lugo	62



SIGFRIDO OBJIO F.

Manuelico 20 y Diez..	65
Félix Baez...	67
Tres esquinas de las calles de Baní..	68
¡Banlejo siembra hielo!..	71
El Perdón de la Virgen de Regla..	73
Manuel Ramón Arias..	75
Las Fiestas de San Juan..	76
Juan Caballero..	79
Balbina Guzmán..	81
Regla Maleno..	83
Como la corriente de Guásuma..	86
Un cabo de año en el Limonal..	87
Octavio Rojas..	90
El Alto de la Candelaria..	91
¿Quién mató al Gral. Antonio Castillo?..	93



C O L O F O N

Se acabó de imprimir este libro en los talleres tipográficos de la Impresora Dominicana, en Ciudad Trujillo, Distrito Nacional el día 9 de mayo de 1958, Año 28º de la Era de Trujillo.

